

Tratado de brujería vasca

Descripción de la inconstancia de los malos ángeles y demonios



Pierre Lancre

Tratado de brujería vasca

Descripción de la inconstancia de
los malos ángeles y demonios

Traducción a cargo de Elena Barberena

Serie de Historia dirigida por Emilio Majuelo



Título: Tratado de brujería vasca.

Descripción de la inconstancia de los malos
ángeles y demonios

Título original : Tableau de l'inconstance des mauvais
anges et démons: où il est amplement
traité des sorciers et de la sorcellerie.

Autor: Pierre Lancre

Portada y diseño colección: Esteban Montorio

Traductora: Elena Barberena

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703934

Fax 948 704072

txalaparta@txalaparta.com

<http://www.txalaparta.com>

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, noviembre de 2004

Segunda edición de Txalaparta

Tafalla, diciembre de 2004

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

Diseño gráfico

Nabarreraia gestión editorial

Impresión

RGM

I.S.B.N.

84-8136-3790

Depósito legal

BI-2621-04

 Txalaparta

Las brujas vascas y Lancre

Quienes trabajamos con la historia, o quizás habría que decir desde la historia, sabemos de sobra que el tropezar con estudios rematados es excepción. Habitualmente tenemos que completar puzzles, reunir retazos y, desgraciadamente, interpretar todos esos elementos. Digo desgraciadamente porque cuanto más subjetiva sea una cuestión, más espacio quedará para que las conclusiones sean dispares. Y, en la disparidad interpretativa, que no en la descriptiva, surge la intencionalidad. Así es, en buena parte, la impresión moderna que se tiene de nuestro pasado.

No aventuro nada al afirmar que se han construido sólidos castillos históricos a través de una o dos frases encontradas en un viejo archivo, a través de suposiciones originadas en el alineamiento de varias piedras... No es el caso. Los textos de Lancre son sólidos, imprescindibles para conocer creencias, vida cotidiana e, incluso, estados de ánimo.

Por eso, monografías como las de Lancre son un tesoro en bruto. Destinadas a ser trabajadas durante años, a ser pasto de la lupa y de los jóvenes investigadores que empiezan en este oficio tan estimulante. No hay que descubrir, el autor lo muestra, no hay que interpretar apenas, el autor lo hace por todos nosotros y por una buena parte de la humanidad, desde su época hasta la eternidad.

Para quienes desconozcan este clásico (1613) habría que avanzar que Pierre Lancre fue un inquisidor francés que viajó al norte de Euskal Herria en 1609 y dejó escrito el libro que ahora se edita y del que su compatriota Michelet diría: «Jamás los vascos fueron mejor caracterizados que en el libro de Lancre». El libro comenzaba con la frase de *Tableau de l'incostence des mauvais anges et demons, ou il est amplement traite des sorciers et de la soricierie*, texto que no puede decirse fuera exactamente el título del libro porque, entonces, semejantes licencias no existían. Aún así, esa frase expresa lo que dentro de las tapas del tratado podrá encontrar el lector.

Casi 400 años después, el libro ha sido traducido al castellano, por primera vez. Aunque no completo. Hay que decir que algunos pasajes, pocos ciertamente, han quedado fuera de esta traducción. No aportaban nada al conjunto, es más, lo desviaban de los dos ejes que el propio Lancre describió: la brujería y la sociedad vasca de entonces. Los textos no traducidos y descartados de esta edición son párrafos dedicados a la Iglesia católica y a sus ritos.

Antes de avanzar contenidos, habría que señalar que el inquisidor dejó un escrito sumamente sugerente, que Euskal Herria era «un país de manzanas, sus mujeres sólo comen manzanas, no beben más que jugo de manzanas y en cualquier ocasión están dispuestas a morder la manzana de la trasgresión, pasando por encima de la condena de Dios y franqueando la prohibición de nuestro primer padre. Son Evas que seducen voluntariamente a los hijos de Adán, y desnudas en la cabeza, viven en las montañas en absoluta libertad e ingenuidad como lo

hacia Eva en el paraíso terrenal». Y la manzana, lo insiste Lancre, es la metáfora bíblica de la transgresión.

Con este punto de partida, el libro, al margen de las circunstancias históricas, tiene ya un plus: el del escenario. Pocas son las descripciones de los vascos en la Edad Media y ésta es, sin lugar a dudas, la más completa. Si además nos ubica en los límites de la trasgresión ¿qué más se puede pedir?

Pero ¿quién fue en realidad Pierre Lancre?

Para nosotros los historiadores Lancre fue un sanguinario y fanático inquisidor. Apuntó que «la Iglesia estaba cometiendo un gran crimen al no quemar a las brujas» y luchó con todas sus fuerzas para que la tendencia cambiara. Y no sólo lo logró sino que también peleó para que los defensores de las brujas, los que pensaban que la hoguera era un horror, cometieran un pecado mortal. O al menos que la jerarquía eclesiástica así lo reconociera.

¿Su procedencia?

Su abuelo fue un afamado vinicultor en la Baja Navarra. Tras la estela de los dineros amasados, su padre comenzó a firmar como señor de Lancre y él, que nació en Burdeos, siguió la costumbre. Pierre se hizo jesuita en Turín. En 1582 lo nombraron consejero del Parlamento de Burdeos y en 1609 aceptó mediar en un conflicto secular, el de los Urtubia con los vecinos de Donibane Lohizune (San Juan de Luz). Se lo había pedido el rey Enrique IV, cuyo capellán era Bertrand Echauz, de Baigorri, bajonavarro también. Los Urtubia, de Urruña, originarios de Alzate, en Bera, reclamaban los derechos de un puente. Las reclamaciones ocasionaron venganzas, detenciones, acusaciones y una sarracina en 1607 que doce caballeros embozados llevaron a cabo en San Juan de Luz.

Una historia más de las muchas que jalonan los conflictos banderizos de nuestro país. Sin embargo, el desenlace de ésta fue del todo diferente, convirtiéndose en el origen de la intervención de Lancre y, por extensión, de este libro.

En uno de los testimonios sobre la agresión de los embozados, una de las denunciadas apaleadas afirmó que le obligaron a beber una pócima mágica. No era la primera vez que se cruzaban acusaciones de brujería en el conflicto de los Urtubia. Ni en otros. Incluso algunas mujeres habían sido llevadas a la prisión de Burdeos por tal motivo. Sin embargo, Lancre dio una trascendencia extraordinaria a la anécdota de la pócima y la convirtió en el arranque de la guerra banderiza.

De esa forma comenzó a investigar la brujería en esas tierras al norte del Bidasoa, con la ayuda de una joven vidente de 17 años llamada Morguy que lograba identificar, gracias a la coloración de la piel, a los humanos que habían sido ungidos por el Demonio, el *stigma diaboli*, la marca del Diablo. Marca que las brujas llevaban en lugares «muy secretos». Gracias a este procedimiento, y en sólo cuatro meses, Morguy y Lancre lograron desenmascarar a 3.000 brujos y brujas. Hombres, mujeres y niños. Y también sacerdotes.

Y lo que vio y lo que hizo lo dejó escrito.

Así, su *Descripción de la inconstancia de los malos ángeles y demonios* es un trabajo cargado de intenciones. Dice, por ejemplo, que una asamblea de 12.000 personas se había reunido en la playa de Hendaia para celebrar un akelarre. La población de Hendaia entonces era la que habitaba en unos escasos caseríos, es decir, apenas llegaría al centenar. Lancre hizo de la mentira su Biblia y convenció a los parlamentarios de Burdeos de que el tema encomendado era bien grave. Y, por tanto, necesitaba de soluciones acordes.

En otro apartado de su informe, Lancre se refirió a que la abundancia de hechiceros y brujas en el País Vasco se debía a que las misiones católicas de las Indias y del Japón los había expulsado previamente de esas tierras y, por razones desconocidas, se habían refugiado en el país de los vascos. Dijo, también, que «muchos ingleses, escoceses y otros viajeros que vienen a cargar vinos a esta ciudad nos han asegurado haber visto durante su

viaje tropas de demonios en forma de hombres espantosos que pasan a Francia».

Así, el inquisidor, ante el temor de que los brujos se trasladaran a Francia y contaminaran su saludable tierra, tomó una decisión traumática: de los 3.000 detenidos, 600 fueron llevados a la hoguera. La muerte más horrible que ha existido jamás, donde la víctima percibe la tortura, sin desfallecer, hasta que muere. Algunas de las brujas eran niñas que aún no sabían qué era la vida. Y Francia quedó libre del peligro vasco. Ciertamente, aunque no lo parezca.

Sólo el retorno de los marinos de Baiona, la capital de Lapurdi, que volvían de la temporada del bacalao en Terranova, logró cortar la masacre. Los marinos se sublevaron y el Parlamento de Burdeos llamó a capítulo a Lancre que abandonó precipitadamente Lapurdi. Y el inquisidor se retiró a escribir sus andanzas que serían publicadas tres años después.

Por encima de cualquier consideración al margen de las expuestas, la edición del libro de Lancre va a servir para acceder al origen y a las fuentes de la intolerancia religiosa. Cerca de 400 años después, las razones esgrimidas por el llamado "azote de la brujería" pueden parecer un tanto peregrinas. No hay que olvidar, sin embargo, que sirvieron para mantener a numerosas generaciones en la ignorancia y la sumisión, a través del terror. Desde el siglo XIII en Europa y desde el XV en la península Ibérica, la Inquisición fue el principal argumento de la curia católica para expandir y mantener sus creencias. La *Descripción de la inconstancia de los malos ángeles y demonios* es, en esta línea, un testimonio estremecedor. El paradigma.

Iñaki Egaña

Libro primero



Discurso I

El primer objetivo y el propósito principal de los malos demonios es la desesperación del hombre, su derrumbe, su completa ruina y su condena; no buscan más que nuestra caída, tan sólo gozan con nuestros tropiezos, únicamente se estremecen para estremecernos, y parece que no aderezan y condimentan sus tormentos –hasta donde pueden hacerlo– más que para atormentarnos. El hombre es la única criatura que puede morir en pecado mortal cuando se hace aliado y socio de los demonios. Y ésta es la razón por la que nos tienden tantas trampas y tretas, e inventan tantas funestas artimañas para sorprendernos. ¿Dígame usted para qué sirven si no tantas formas deformes, tantas figuras diversas y distorsionadas, tantos velos y máscaras de todas clases, tantas perniciosas y abominables licencias, tantas libertades, voluptuosidades, placeres *contra natura* a los que se entrega delante de nuestros ojos para atraernos hacia él por medio del placer que sabe que más disfrutamos, si no es para perdernos? Dios, que conoce sus propósitos a la perfección, platicando con Job le dio un nombre

muy propio y conveniente, llamándolo Behemoth, como poseedor de un parecido con varias y diversas bestias a un tiempo, ya sea uniendo a la rabia y la malicia, la ferocidad del león, del tigre y del oso; ya transformándose de facto en dragón o en hidra de varias cabezas. El primer cuerpo que, a mi juicio, adoptó fue el de la astuta serpiente, cuando gracias a esa artera forma, removiendo hacia dentro su móvil lengua, encandiló a la primera de las mujeres y madre de nuestra desgracia. Dios quiso que el hombre viera los enredos, artimañas y dobleces de la tentación por medio de este animal y, cuando aquél vio el feliz éxito alcanzado con esa trapacería, se volvió a servir de esa misma piel de serpiente, insinuándose y serpenteando tan a propósito y oportunamente, que se adueñó de toda la prudencia y sabiduría de los antiguos griegos y romanos, que la llegaron a adorar como a un dios. Los demonios tienen mil medios para seducir a los hombres e inducirlos a la tentación. Allí donde la sutileza de la serpiente no logra su propósito, utiliza la fuerza del león o la agilidad del mono.

Jesucristo también llama al Diablo serpiente, dando potestad a sus discípulos para que la pisen; San Juan lo llama dragón y antigua serpiente. Y, según nuestros historiadores romanos, el Diablo, ostentando el nombre de Esculapio, hizo su entrada triunfal en la ciudad de Roma con esa repelente forma; lo que demuestra la inconstancia y el brutal humor de Lucifer y de sus demás camaradas demonios, que quieren hacer alarde de su gloria y soberbia, y mostrarse semejantes al Todopoderoso, rebajándose, no obstante, a tomar la figura y la forma de ciertos animales, las de los más desagradables y viles. Aquéllos que han querido dar a conocer y distinguir las apariciones de los ángeles buenos de las de los malos han podido observar perfectamente que los primeros, felices en la gracia de Dios, cuando se quieren aparecer a los hombres nunca adoptan una figura brutal, ni tampoco la de una mujer, sino siempre la de un hombre, y que ocurre lo contrario con los ángeles malvados. Y si en alguna ocasión Satanás toma la forma de un

hombre, éste siempre tiene algún defecto o alguna extravagante desproporción, o es demasiado negro, o demasiado blanco, o demasiado rojo, o demasiado grande, o demasiado pequeño. Además, el Ángel de Luz lleva siempre algún destello luminoso que lo hace reconocible, mientras que por el contrario un ángel malvado camina en tinieblas y nubla la vista, y a menudo también el entendimiento de los que quiere engañar y frustrar.

Una vez que el Diablo se ha insinuado y penetrado en nuestro interior, se quita la máscara y deja de utilizar ardidés, y violando por completo toda hospitalidad obliga abiertamente a los hombres que ya ha hecho suyos a ejercer todo tipo de fechorías, llegando incluso a despojar a los padres de todo amor y afección de padre, embotando en ellos todos los aguijones de la naturaleza, y por lo mismo, como revancha de tamaña fechoría, también todo respeto de los hijos por la sangre paterna.

Los terribles y furiosos monumentos que nos hacen ver tantos y tan diversos autores, del busto y de cuerpo entero de la pitonisa o sacerdotisa del Demonio, Febo, nos muestran con suficiente claridad cuál era el espíritu que las agitaba y obligaba a hacer tratos tanto más indignos por ser impropios de ese sexo. Pues quién que no sea un completo desvergonzado no enrojecerá al ver a una mujer montada en un trípode, que balancea su cabeza completamente desgredada, con los labios trastocados, los ojos virados, el pecho jadeante, y se sacude los costados hasta que finalmente consigue liberarse de ese loco engendro y furioso espíritu que la agitaba.

No soy de la misma opinión de los que consideran que los demonios son tan inconstantes, a causa de su naturaleza ígnea o aérea, que se sostienen sobre las aguas, o que al menos cuando se encuentran en el cuerpo de los brujos hacen que se mantengan sobre la superficie de los ríos, sin llegar a sumergirse nunca.

Pues más allá de esta proposición, ellos consienten esa especie de prueba de brujería que se realiza con agua fría, que es ilícita y no puede ser admitida sin inju-

riar gravemente a Dios, y está prohibida por el *Canon Con-suilisti* 244. La realidad es que la ligereza que hace que se sostengan, y a veces también que lo hagan las brujas, y los impide sumergirse no proviene, como algunos afirman, de su naturaleza ígnea o aérea, pues están exentos de toda concreción corporal y de toda cualidad que derive de sus cuerpos. Los demonios hacen que algunas veces se sostengan sobre el agua para engañar a la gente, y sobre todo para engañar a los jueces, a los que el Diablo distrae con esta loca atracción, que en algunas ocasiones sucedió a muy santos personajes. Del hecho cierto de que los demonios posean cierta ligereza, que permite que puedan en un momento dado sobrenadar y sumergirse con facilidad, y comunicar estas cualidades a los Brujos, no se puede deducir que eso constituya una prueba cierta e infalible de que sean brujos.

No menos insoportables y repelentes eran los coribantes de los galos, que en los sacrificios de la madre de los dioses saltaban y danzaban observando ciertas extrañas cadencias, dándose topetazos entre ellos con la frente, arrojándose con la cabeza gacha por delante, al modo de los pescadores de perlas.

Y quién puede contener la risa al ver en la actualidad a los turcos alrededor de sus locos y rabiosos, a los que respetan como pequeños dioses, aunque no por ello dejen de tenerlos bien atados; y al fin y al cabo estos últimos obtienen algún provecho de su locura, al contrario de lo que ocurría con los sacrificadores de Cibeles, de Bellona y de Baal, que tan sólo experimentaban graves dolores cuando se cortaban la cara con afilados cuchillos, y sin dejar de contornearse se descuartizaban el resto del cuerpo a dentelladas, para dar más gracia a esa rabia furiosa. Es así como estos demonios inconstantes nos cierran los ojos para hacer que arrastremos la piedra de nuestras desgracias.

El mundo es un teatro en el que el Diablo desempeña una infinidad de diversos y disímiles personajes. Esta bestia sangrienta va contorneando el globo terráqueo, siempre en busca de alguien que pueda ocupar ese In-

fierno que dice «nunca tiene bastante gente», aunque siempre encaminándose a su centro, a donde llega finalmente a descargar todo su botín, ganado en parte mediante artimañas, en parte con violencia, como quien sabe muy bien coser la piel del zorro a la del león. Y a los que no puede atrapar abiertamente en sus garras, se esfuerza para deslumbrar al menos con falsas promesas, presentes y riquezas ficticias o malhadadas, elementos que quebrantan las rocas más firmes y resueltas; nada le importa con tal de llegar a poseerlo.

Pero analicemos el parecido de Behemoth con varias bestias, subrayando aquél con dos de las más astutas: cuando se encuentra entre los hombres, cubierto con la piel de lobo imita y finge muy sutilmente su voz para sorprenderlos; si se mezcla con los perros para trapacear al pastor, no hay nada más parecido a un perro. Camina con paso lento y tardío, dando a entender que piensa en todo menos en hacer mal. Si despliega las astucias del zorro, se comporta de tal modo que sólo rompe ramas pequeñas, sin quebrar todavía las gruesas ramas de los grandes pecados. No nos arrastra de buenas a primeras al homicidio y al incesto, sino que viene a paso de oveja, arrancando con lentitud las virtudes del alma, para plantar en ella pequeñas faltas que van creciendo poco a poco. Tenemos las vidas de los Santos Padres llenas de ejemplos de este tipo.

Por último, los espíritus malignos y estos perversos demonios son tan enemigos de la constancia, tan variables y volubles –aunque siempre en nuestro perjuicio–, que sólo puede atribuirse a su buen hacer el que todos los autores destacados, antiguos y modernos, los hayan denominado inconstantes y versátiles, con el objetivo principal de que podamos reconocerlos y procurarnos por medio de ese conocimiento la manera de protegerlos de ellos.

Santo Tomás confirma ampliamente la inconstancia de los demonios, cuando afirma que las fascinaciones e ilusiones de Satanás apenas pueden durar, dado que no son de naturaleza o sustancia subsistente, sino única-

mente unos accidentes que los dialécticos llaman comunes, que tienen la propiedad de ser cambiadas con rapidez debido a una alteración natural, pero como siempre lo hacen en detrimento y en perjuicio del género humano, se puede decir que ese cambio y alteración es el sello inconfundible de una inconstancia maliciosa y rabiosa.

El filósofo Epicteto dijo que los locos cojean de los dos pies y clasifica en este rango a los inconstantes, al afirmar que ser inconstante no es otra cosa que cojear. Ahora bien, parece que del mismo modo que Vulcano, el herrero de los dioses se volvió cojo al caer del cielo, el Diablo, que cayó asimismo del cielo para atizar todos los grandes hornos de los suplicios que Dios ha preparado a los malvados, se ha vuelto también cojo, que es decir inconstante: nunca camina derecho, y va produciendo aquí y allá las pasiones inmoderadas de los hombres ligeros y volubles.

En las Santas Escrituras está escrito que Satanás cayó de los cielos como el rayo o el relámpago, en lo que yo veo reflejada su inconstancia en ese símbolo o jeroglífico del rayo o el relámpago. Pues qué hay más ligero que el rayo, que ahora está en un lado y ya en el otro, sin ir nunca derecho, siendo tan inconstante en su marcha como en sus efectos. En cuanto al relámpago, ¡con qué rapidez pasa! ¡Que volátil es, compuesto como está de una pequeña exhalación!

Plinio hace mención de una piedra, que incluso cuando se encontraba atada, rompía sus ligaduras y escapaba. Teofrasto la llama la piedra de la inconstancia, que siempre se escapa y nunca permanece en un mismo lugar. Lo mismo ha ocurrido con el Demonio, piedra fugitiva que huye de su creador, y que mientras se aleja de él va causando paralelamente mil ligerezas en el hombre, convirtiendo su corazón en una verdadera piedra de inconstancia.

Los antiguos consideraban el álamo como el árbol consagrado a los infiernos y a los demonios, y eso por varias razones, pero una de las más bellas y más a pro-

pósito de nuestro sujeto era que, como Plinio testimonia, sus hojas son inconstantes, invirtiendo ellas mismas durante el solsticio el dorso y el reverso.

Existe una uva que gira sobre sí misma buscando el calor, que Plinio menciona cuando habla de las viñas, explicando que durante los sacrificios que se ofrecían en Roma a los dioses del Infierno y a los demonios, se servía vino obtenido de esa uva inconstante.

Antiguamente los diablos hacían escribir sus oráculos en hojas, símbolos de inconstancia y ligereza, y cuando se posesionaban de las sibilas y profetisas

¡Qué agitaciones, qué movimientos de inconstancia dejaban traslucir en sus acciones!

El padre Del Río habla de una mujer que dio a luz un pequeño demonio, que nada más salir de su vientre comenzó a saltar y a dar brincos. Ahora bien, la fuente de la que toma el caso señala que toda la noche precedente, y alguna más con anterioridad, esa mujer no hacía más que gritar las palabras ligero, volátil, necio, inconstante, reiterando dichas palabras durante su embarazo como letra gruesa de la inconstancia misma.

Los jeroglíficos de los diablos son unas langostas; por eso cuando se abrieron las simas del Infierno, San Juan vio salir de las mismas un ejército de langostas, en las que vemos los símbolos de la inconstancia.

Los indios, como consta en los escritos de ese país, adoran a los dioses del cielo, como ellos los llaman, y a los diablos, pero crean las imágenes de estos últimos con plumas de colores extremadamente diversas, sin duda para significar su inconstancia y mutabilidad, que quedan señaladas en esas plumas y en la diversidad de colores.

Acosta dijo que los japoneses, en alguno de sus templos, no tenían más imágenes que las de sus falsos dioses, es decir, las de los diablos; únicamente se podían encontrar ruedas grandes y pequeñas, torneadas y recargadas con algunas cabezas y rostros humanos. El Diablo de esa manera quería que lo adoraran representado

en las formas que más simbolizan la inconstancia, que son las ruedas.

Igualmente tenemos entre los indios otra clase de adoración inconstante, como la denomina el mismo Acosta, en la que se pide a los dioses, es decir a los diablos, aquello que se desea, alabándolos y exaltándolos. Pero si no conceden lo que se les pide los golpean, apalean sus imágenes y estatuas, para arrodillarse poco después ante las mismas para pedirles perdón.

Los Santos Padres llaman a los diablos *aereas potestates* ¿no será para poner de manifiesto su inestabilidad? ¿Pues qué hay más ligero, rápido y movedido que el aire, donde residen la mayor parte de los demonios? ¿O qué hay más fluido que el cuerpo aéreo que estos demonios se forjan, para engañar al género humano, para utilizar con más seguridad sus engaños e ilusiones?

Existen varias Islas «faranduleras y danzarinas», como saben los que han leído a Plinio, Estrabón y a otros. Ahora bien, en estas islas, particularmente situadas en medio del mar, los diablos han celebrado su Sabbat¹ con los brujos, según reza la deposición de algunos de estos últimos, procesados en el Parlamento de Toulouse. De modo que el Diablo está acostumbrado a realizar sus mayores proezas en lugares que se bambolean y se hunden por todas partes, como inconstante que es, escogiendo gustosamente islas inconstantes para llevar a cabo sus asambleas.

Se ha observado que las pieles de los hombres lobo son siempre de tres o cuatro colores, para que corran mejor y muestren que sus maestros les dan una ropa heterogénea, madre de la inconstancia. El Diablo despoja de su peso y su firmeza las cosas que tiene en su poder, en especial a las almas que posee, manteniéndolas siempre en la inconstancia, en movimiento y ligereza perniciosa.

1. Sabbat: Aquelarre. Palabra de origen judío que significa asamblea.

Los brujos que celebraban su Sabbat en Alemania fueron percibidos por un desconocido, que al querer acercarse se encontró con que todo había desaparecido y únicamente quedaban algunas plumas flotando en el aire, así como otras más cubriendo todo el suelo. Ésas son las bellas visiones de ligereza e inconstancia que el Diablo hace ver a los que se quieren acercarse aunque sea un poco a él; se trata de la alfombra del Sabbat, en el que sólo se camina sobre las plumas, porque los mantiene siempre dispuestos para ser transportados por él y volar como una pluma en el aire, mientras que en tierra los hace saltar y patear.

En cierto lugar en el que los brujos habían celebrado su Sabbat, se encontraron hasta trescientos Camaleones en el suelo, algo asombroso, pero qué podría expresar mejor hasta qué punto los demonios y hechiceros están consagrados a la ligereza y a la inconstancia, ya que el camaleón es el genuino jeroglífico.

Pero ¿por qué son los diablos tan inconstantes, que cuando son expulsados fuera de los cuerpos de los endemoniados, sienten horror de retornar al Infierno, a pesar de que ésa sea su morada principal? La primera razón es que allí no pueden contentar y satisfacer el gran deseo que sienten de atormentar a los hombres, de manera que cuando son enviados de nuevo al Infierno por mandato de Dios al verse, por así decirlo, privados de ese placer –inestables y ligeros como son– y sin poder hacer sufrir a un solo ser, manifiestan tanto odio al Infierno, y están tan a regañadientes como placer reciben en hacer daño a los hombres. De hecho, se encarnizan con las pobres almas, pues no son encerrados en el Infierno solamente para sufrir, sino también para que ejerzan como ministros de la Justicia Divina, y como verdugos de los condenados.

La segunda es que les es suprimida la libertad de vagar. Ahora bien, todas las cosas creadas naturalmente anhelan su libertad, y más aquéllas que están dotadas de una naturaleza excelente, como ocurre con los demonios. Pero yo diría más bien que a fuerza de tener el ta-

lante inconstante y vagabundo, desean permanecer siempre errantes.

Se ha dicho que al salir del cuerpo de los endemoniados para regresar al Infierno, quedan privados del placer que sienten en atormentar a los hombres; pero por cada endemoniado que atormentan fuera, atormentan a una infinidad de almas en el Infierno. De modo que no veo otra razón para que sientan horror de estar allí, cuando su pena y su placer –si pueden sentir placer– les siguen a todas partes, encadenados o no, que no sea porque fuera tienen más libertad para sembrar sus intrigas, sellar convenciones y pactos abominables, dirigir asambleas ilícitas y para atraer a algunas personas a su campo, mientras que de los que se encuentran en el Infierno ya lo han obtenido todo y no hay escasez de verdugos que los atormenten. Los demonios encuentran placer en salir a cazar almas y a sumergir tantas como puedan en los abismos del Infierno.

No quiero olvidar algo que los buenos autores escriben, que de igual manera que el Diablo imita a Dios, también los ángeles perversos, a imitación de los buenos, se encuentran como éstos de alguna manera colocados y distinguidos en nueve jerarquías, aunque quizás ese orden no les sea intrínseco, sino que lo obtengan en función de sus manipulaciones.

La primera jerarquía de los ángeles perversos es la de los falsos dioses, que se han colocado en este primer rango porque desde siempre han tratado de ser honrados como Dioses, con sacrificios y adoración, hasta el punto de querérselas exigir al propio Dios, como Satanás se esforzó en tentar a Jesucristo. Algunos de éstos fueron los que, entre otros, hablaron en nombre de Apolo a Adelfa, y esos otros que traducían las respuestas Pitias, y varios ídolos de los egipcios, que se hacían adorar como dioses. El jefe o príncipe de todos ellos es Belcebú.

La segunda está compuesta por los espíritus de la mentira, pues son impostores, falsos y mentirosos, que

siempre dicen una cosa por otra, como hizo aquél en las personas de los Profetas de Acab. Se entrometen en los oráculos y engañan a los hombres con las predicciones de los Profetas Pitios, que siempre tienen doble sentido, siendo su jefe Pitón.

A los de la tercera los denominan vasos de ira y de furia, vasos de iniquidad, inventores de todos los males y de todas las malas artes, como ese Demonio Thot descrito por Platón, que enseñó las trampas en los juegos y en toda clase de eventualidades. Su jefe es Belial, que significa desobediente.

La cuarta es la de los que llaman y dicen ser vengadores de maldades, crímenes y fechorías, siendo su jefe Asmodeo.

La quinta es la de quienes se tienen a sí mismos por embusteros, calumniadores y fascinadores, que sirven particularmente a los hechiceros, nigromantes y brujos, que fingen milagros y seducen al pueblo, y tienen como jefe a Satanás.

La sexta jerarquía es la de unos demonios que se hacen llamar potencias aéreas, porque se entremezclan en nubes, tormentas, rayos y relámpagos, corrompen el aire y al convertirlo en contagioso traen la peste y otros males. Su jefe se llama Meresin.

La séptima es la de unos demonios, los furias, que siembran los males, discordias, rapiñas e incendios, guerras, ruinas y saqueos. Su jefe es Abadón, que significa exterminador.

La octava es la de los que se consideran espías y falsos acusadores, demonios que siempre están al acecho, siendo su príncipe Astarot.

Y la novena es la de quienes se tienen a sí mismos como tentadores o insidiosos, por diestros en preparar trampas y asechanzas, y se cree que rondan alrededor de cada persona para contrarrestar al Buen Ángel, razón por la que se les denomina genios perversos; su jefe es Maimon.

Ahora bien, todos estos actos desgraciados y estas diversas denominaciones, muestran claramente que se trata de espíritus malignos, ángeles perversos o demonios, que solamente son constantes en hacer el mal.

En cuanto al nombre de los jefes de estas nueve jerarquías, son enérgicos y tienden en todo momento a la inconstancia, como ocurre asimismo con los nombres de algunos demonios más que encontramos en las Santas Escrituras.

Es el caso de *Diabolus*, que en griego significa calumniador; Belial, que quiere decir sin yugo o sin señor; Belcebú, hombre de las moscas; Satanás, que significa adversario; Behemoth, que quiere decir bestia; Leviatán, que al igual que Amón designa al encubridor de pecadores o de pecados, o a aquél que los junta y acumula.

Dante les da otro nombre en su infierno, y sin tener en consideración estas nueve jerarquías, que no pueden tener más que un jefe por cada una de ellas, nombra diez demonios o ángeles perversos principales. Esto demuestra que los demonios son tan inconstantes, volátiles y tenebrosos que nos cuesta trabajo reconocerlos.

Y lo mismo que entre los ángeles buenos existe cierta superioridad y grado de excelencia tendente al bien, también entre los espíritus perversos los hay superiores e inferiores, si bien su superioridad siempre tiende al mal, como ocurre con la de Lucifer, al que el propio Dante en su infierno lo llama muy a propósito *L'emperador del doloroso regno*. Indudablemente es el emperador y el de mayor jerarquía de todos los ángeles malvados y demonios, que ha pervertido y contaminado de tal manera esa preeminencia, que se puede decir que tanto él como todos los demás espíritus perversos, que han recibido de Dios los más grandes dones naturales de pujanza, de fuerza, de ciencia y de otras propiedades semejantes, son quienes han cometido, y cometen, después de haber quebrantado, violado y roto el pacto sempiterno que concretaron con su Divina Majestad, por una condeñable inconstancia, las mayores faltas, e inducen a la

gente a cometer las fechorías más descomunales, ya sea por haber deseado con demasiado ardor igualarse a su Señor Todopoderoso y haberse mostrado ingratos con Él, ya para infectar más y con mayor violencia la naturaleza humana, especialmente la del hombre, porque lleva la imagen del Salvador impresa en su rostro.

A pesar de todo, nuestros brujos consideran a la mayor parte de esos demonios como sus dioses, algo que ha introducido tantos falsos dioses en el mundo, considerando como dios cada cual a su benefactor, o al que le mantiene maniatado por algún mal pacto o convenio. Ya sea por algún feliz acontecimiento o resultado, ya por alguna necesidad o indecencia, ya por algún sucio animal o por alguna planta abyecta, el hombre, e incluso los más viles animales, se rinden diariamente a sus pies.

Antiguamente Satanás se hacía adorar abiertamente en el acto con la idolatría de esos pobres ignorantes, mientras que ahora continúa haciéndolo con la de los hechiceros y brujos, que siempre están acompañados de su ángel perverso, que los conduce a todas partes y nunca los abandona, por miedo a que vuelvan a Dios, única manera de librarse de las garras de cualquier espíritu maligno.

Discurso II

No debemos extrañarnos porque exista un número tan considerable de ángeles perversos, tantos hechiceros, adivinos y brujos, ni porque las gentes del país de Laburdi sientan tanta inclinación y se lancen con tanta energía a esta abominación.

Gentes antiguas y modernas han creído, viendo cómo Jesucristo amenazaba a sus enemigos con tantas legiones de ángeles que éstos existían en número infinito, y creían asimismo que había casi tantos malos como buenos, puesto que no se puede asegurar plenamente que fuera solamente una tercera parte la que se vio privada del Cielo y de la gracia de Dios. El gran brujo Agripa era de esa opinión, cuando afirmó que había tantos ángeles malos como buenos, que si había nueve jerarquías de buenos, por consiguiente había otras nueve de malos, a los que desde siempre les fue concedida la administración de los tormentos de las penas eternas contra las pobres almas pecadoras. Y Wier, su discípulo, hizo el inventario de la monarquía de Satanás, con los nombres y apodos de 72 príncipes, y de 7.405.925 diablos,

que es un número fantástico, que no puede estar sustentado en otra razón que no sea en una revelación del propio Satanás. Pero aun cuando solamente fueran un tercio de esa cantidad, sería un número de ángeles tan grande, que con esa tercera parte sobraría para asolar el mundo y que se encontraran en todos los elementos. Como ellos mejor trabajan es con agentes que seducen con sus intrigas, y que establecen en todos los rincones del mundo, y que a su vez seducen a las pobres almas débiles, en especial las de las mujeres y niños, haciendo cantera del mayor número de niños posible instalando una especie de academias y asambleas, en las que cada uno de ellos es llamado a comparecer a ciertas horas tenebrosas. De manera que no debemos extrañarnos de ver tantos hechiceros, adivinos y brujos, teniendo en cuenta la gran cantidad de ángeles perversos y demonios existente.

Es asombroso que Dios, que quiso crear al hombre a su imagen, y para el que creó un mundo con tantas y tan bellas cosas sólo para satisfacerlo, lo haya colocado, no obstante, en un lugar en el que no puede dar un solo paso sin que encuentre un enemigo que únicamente busca su perdición y su derrumbe, de manera tal que ni siquiera está exento de verse ligado para siempre a las penas eternas debido a un primer y único derrumbe. Satanás ha tenido la astucia de exigir a esas pobres almas que se le consagren, pues se regocijarán junto a él y le ayudarán a sufrir las penas que sufre en el Infierno, haciendo esta obligación común a los que se entregan voluntariamente a él, sin poder hacerlos partícipes de ningún otro bien que no sea el de su horrorosa visión y el de su tormento.

Satanás es por lo tanto el único y auténtico enemigo del hombre; pero ¿cómo del hombre? En realidad es el enemigo de Dios, que quiere imitar en todos los elementos las obras más excelsas, contrapesando y balanceando con él el gobierno del Cielo y de la Tierra, de tal suerte que tendríamos cierta justa razón para admirarnos porque Dios Todopoderoso se haya querido pro-

porcionar a sí mismo un enemigo tan poderoso, si no se dijera que lo hace para su mayor gloria. Pues además de poseer el honor de la creación de tantas cosas admirables que son del conocimiento de los mortales, y de un millón de cosas más sobrenaturales que sobrepasan el alcance de las almas más sobresalientes, merece tanta alabanza y honor, y se hace acreedor a tanta obligación nuestra por preservarnos, que no sé cuál de ellas aprecia más. Pues en cuanto nos creó y dio vida, se encontró de inmediato con un enemigo del género humano con una fuerza tan soberana, que a él le dio poder para hacernos suyo si podía, y a nosotros plena libertad para seguirlo. Enemigo que abusando de ese poder quiso emprenderla con el propio Hijo de Dios y ponerlo fuera de sí tanto en la montaña como en el pináculo del templo. De manera que podría decirse que Dios se reservó el día y la luz para que se pudieran admirar sus obras, dejándole a él la noche y las tinieblas para que se vieran las suyas, dejando el gobierno y el imperio del mundo dividido a la mitad; le dejó el Infierno, las penas y tormentos, guardándose el Paraíso y la recompensa de los elegidos. La virtud y las generosas hazañas no pueden despuntar sin espinas y sin un rudo combate.

El propio Dios ha permitido a Satanás que violente mucho más a las almas santas, a las más determinadas y a las que más parezca que se encuentren bajo su protección.

Ahora bien, Dios no ha hecho que Satanás sea en ningún otro aspecto cualquiera tan poderoso, soberano ni autorizado como en número y pujanza de demonios y ángeles perversos, y no ha soltado más libremente la cadena con la que lo mantiene encadenado que con los brujos y demás gentes semejantes, que desde aquel momento, con el pretexto de cualquier pequeña novedad, tienen tanto trato con Satanás que incluso en este mundo tienen ya un pie en el Infierno.

Pero es realmente asombroso ver tantos demonios y malos espíritus, y tantos brujos y brujas confinados en este país de Laburdi, que no es sino un pequeño rincón

de Francia, convertido en su cantera, sin que en ningún otro lugar de Europa, que se sepa, exista algo que se aproxime siquiera al número infinito de ellos que hemos encontrado allí. Esto es algo que tenemos que examinar minuciosamente, ya que buscamos el remedio, a fin de dar aviso al rey de que el poder soberano que ha tenido a bien dotarnos, no es el emplasto único y supremo para esta úlcera, puesto que en aquel lugar ya se deja ver claramente la gangrena. Podríamos escapar arguyendo que al soberano creador le place afligir a este pueblo con demonios y brujos, pero aún así podemos emitir a este respecto algunas consideraciones morales y populares, basadas en el humor de este pueblo y en la ubicación de su región.

El país de Laburdi es una Bailía compuesta por veintisiete parroquias, algunas de las cuales desarrollan en cierta medida el comercio y los negocios, y por ser el país populoso, están obligados, en cuanto el tamboril suene en la frontera en que están ubicados, a acudir en socorro del rey con dos mil hombres. Mientras tanto, existe por precaución una compañía de mil hombres, al estilo de las milicias de Italia, siendo su capitán el baile. Viven a lo largo de la costa marina, o bien extraviados y un poco adentrados en la montaña, y antiguamente se llamaban cántabros. Hablan una lengua muy particular, y aunque nosotros, los franceses, nombramos a este país como el país de los vascos, lo cierto es que la lengua vasca se extiende mucho más allá, pues todo el país de Laburdi, la baja y alta Navarra y una parte de España la habla; y por difícil que sea este idioma, además de los vascos la conocen la mayoría de los bayoneses, los alto y bajo navarros y los vecinos españoles, al menos los de los alrededores. Y me han asegurado que en el año 1609, el señor De Mons tuvo una disputa en el Consejo privado del rey con varios individuos de San Juan de Luz, solicitando daños y perjuicios por haber enviado estos últimos algunos navíos a Canadá, que alegaron que toda la vida, antes incluso de que se conocieran esos lugares, los vascos ya traficaban allí, hasta el punto

que los canadienses no negocian con los franceses en otra lengua que la de los vascos.

Y para mostrar con detalle que la ubicación de esta región es hasta cierto punto la causa de que existan tantos brujos, hay que saber que Laburdi es un país montañoso, situado en los lindes de tres reinos: Francia, España y Navarra, en el que se entremezclan tres lenguas: francés, vasco y español y están emplazados dos obispados, pues la diócesis de Dax penetra profundamente en Navarra. Y todas estas diversidades proporcionan a Satanás maravillosas facilidades para efectuar en este lugar sus asambleas y Sabbats, en vista de que cuenta además con una costa marina que vuelve a las gentes rústicas, rudas y mal civilizadas, cuyo espíritu voluble, así como su fortuna y recursos, están vinculados a jarcias y banderolas, movedizas como el viento; gentes que no tienen otros campos que las montañas y el mar, otros víveres y granos que el mijo y el pescado, que comen sin otro techo que el cielo y sin otros manteles que sus velas. Para resumir, su región es tan estéril que se ven obligados a lanzarse a ese inquieto elemento, al que se han acostumbrado de tal manera a verlo tormentoso y atestado de borrascas, que nada aborrecen ni temen tanto que verlo tranquilo y apacible, y han cifrado toda su buena fortuna y comportamiento en las olas que los agitan día y noche; ello hace que su comercio, su conversación y su fe sean completamente marítimos. Y cuando han puesto pie en tierra tratan todos sus asuntos de la misma manera que cuando se están balanceando sobre las olas, siempre apresurados y con precipitación; es gente que al mínimo pretexto que encuentren le caen a uno encima y le ponen el puñal en la garganta.

¿Pero por qué es tan estéril este país de Laburdi? Pues si estuviesen en la gracia de Dios, lo poco que suelen sembrar sería suficiente para librarlos aunque sólo fuera del hambre, teniendo en cuenta que en otros tiempos con los pocos granos que sembraban recogían cosechas abundantes.

Sin embargo, en este país de Laburdi casi toda su gente se lanza a ese inconstante desempeño del mar y desprecia la constancia del laboreo y cultivo de la tierra. Y aunque la naturaleza haya dado a todo el mundo la Tierra como nodriza, ellos prefieren, ligeros y volubles como son, el mar tormentoso a la dulce y apacible diosa Ceres.

Los antiguos relacionaban el mar, el agua y el pescado con el odio, y algunos de ellos con la inconstancia, argumentando que el agua extingue el fuego que se considera atributo del amor. Ciertamente los egipcios odiaban con tal fuerza todas las cosas marítimas, con excepción del comercio y de la pesca de alimentos esenciales para el hombre, por ser inútiles y casi innecesarias para el hombre, que estimaban mancillado y contaminado a quien hubiera hablado y conversado con un hombre de la marina. Siendo además el motivo por el que en sus sacrificios rechazaban la sal marina, sustituyéndola por la que sacaban y traían de la fuente de Júpiter Hammon.

El mar es un camino sin senda, que a pesar de que parezca que no está trazado en absoluto, algunas veces se toma mucho más fácilmente que el de la tierra. Sin embargo, supone una gran inconstancia y ligereza lanzarse de este modo, en cualquier momento y ocasión, como lo hacen las gentes de este país, a merced de un elemento tan mudable y que alberga tantas criaturas inconstantes. Porque este gran océano no nos arrastra si los vientos no empujan. El mar nos porta y los vientos nos transportan, nos soplan y resoplan en sus flujos y reflujos, el aire que allí respiramos y los vapores que recibimos nos mojan, nos nublan y nos empapan de la humedad de tanta agua, por fuera y por dentro, de manera que se hace imposible decir que la navegación en medio de tantas tormentas no sea una auténtica y temeraria desesperación, causada por el viento de la inconstancia, que se encuentra bajo la codicia de encontrar tesoros que la avaricia insaciable y cierto humor voluble les da.

Los antiguos reconocieron sin ambages que esa rudeza de costumbres se debía a la ubicación de estos lugares, pues debemos saber que incluso las ciudades situadas al norte o al sur poseen costumbres completamente diferentes, lo que motiva que por muy vecinos que sean, se hagan la guerra entre sí y se degüellen la mayor parte del tiempo. Esto es lo que podemos decir sobre ellos y sobre el mal emplazamiento de su país. Además el país es tan pobre, estéril e ingrato, y una vez en tierra son tan ociosos y holgazanes, que esa misma ociosidad les conduce, antes incluso de llegar a viejos, a una suerte de intolerable mendicidad, y digo intolerable porque por ser vecinos de los españoles se resienten enormemente de su soberbia y arrogancia.

El propio mar les falla, y no tienen otro puerto que el de Ciboure y San Juan de Luz, que no es sino una misma cosa, pues estas dos parroquias están unidas por un puente levadizo que se puede levantar y volver a colocar desde ambos pueblos, hasta tal punto sus habitantes son enemigos. De tal manera que cuando regresan de las Indias, de Terranova, de Canadá o de otros lugares, es necesario que sus navíos tomen puerto en España, ya sea en San Sebastián de tránsito o en Fuenterrabía, donde están bajo su vara y en la más absoluta sumisión, como en tierra enemiga, en la que en estos últimos años no podemos permanecer sin cierta aprehensión, siendo tan miserables que cuanto más se aproximan a la costa de Francia, más les tienen los españoles bajo su bota. Aunque quiero aclarar que a este respecto nos encontramos a punto de tomar alguna determinación.

Después de pasar delante de Fuenterrabía se alejan de Hendaya en dirección a Urruña, una de las mejores parroquias de Laburdi, a pesar de que en Hendaya, además de varias playas grandes exista un río, mediano entre Francia y España, por el que los navíos pueden navegar con la marea alta, a no ser que quieran soportar el ver como las gentes de Laburdi aborden este río y naveguen únicamente en pequeños barcos de pesca, tomando como pretexto que el rey Luis XII acordó en 1509

con la reina de Castilla realizar un arbitraje. Cuando el difunto señor de la Martonie, primer presidente del Tribunal del Parlamento de Burdeos, se desplazó a tal efecto a Bayona, se dejó sorprender de tal manera que ni siquiera se dignó en acercarse hasta Hendaya para ver el lugar con sus propios ojos, lo que motivó que en la sentencia arbitral quedara establecido que los franceses disfrutarían de la mitad del mencionado río, pero solamente con barcos sin quilla, al contrario de los españoles, que lo podrían surcar con toda clase de barcos, ya fueran navíos u otro tipo de barcos sin quilla o con quilla. Y aunque dicha sentencia no fuese firmada, como he tenido ocasión de comprobar, más que por los árbitros españoles, y no por el mencionado primer presidente, que afortunadamente no lo quiso hacer en esa ocasión. A pesar de tener vigencia tan sólo para diez años, lo cierto es que los españoles se han mantenido posteriormente en esta posesión, avasallando de tal manera que tan pronto como los de Hendaya, que están situados enfrente de esa plaza fuerte, aparecen en el río con un barco que no sea de pesca, por poco extraordinario que sea, los de Fuenterrabía la emprenden a cañonazos hasta obligarlo a retirarse.

En este arbitraje hubo un malentendido, pues cuando el rey Francisco entregó a sus hijos como rehenes para poder salir de prisión, formaron sobre este río un puente con grandes barcos con quilla, siendo la mitad de ellos nuestros y contruidos por nosotros, y la otra mitad por los españoles.

Son tan miserables que tras haberles prohibido que utilicen el puerto, salvo para su beneficio, para que puedan pescar e irles a vender el pescado, quieren quitarles además las islas y arenales que el río forma en bajamar, habiendo formulado otra pretensión al respecto. Porque aunque el río sea compartido y cada reino disponga de su paso por su orilla, además de las islas que quedan de su lado, que disfrutan plenamente, ahora quieren asimismo, disfrutar de la mitad de las nuestras, de las que el río ha creado en nuestra orilla. Y creo que finalmente

las querrán todas, al no contentarse con las que quedan del lado de Fuenterrabía, que son mucho más grandes que las nuestras.

Avasallan a estos pobres habitantes de Hendaya tanto en este particular como en el paso de los barcos con quilla, pues en el año 1608, cuando algunos habitantes del enclave francés hicieron y reconstruyeron algunas zanjas en estas islas que están en el lado de Francia, los de Fuenterrabía vinieron de inmediato a toque de tambor con galeones y armas de fuego, y derribaron y nivelaron las fosas, aunque a escondidas y por sorpresa. Ésa fue la causa por la que el difunto rey Enrique el Grande, acordándose de que el señor De la Force, gobernador del Bearne, había pagado no hacía mucho con la misma moneda a algunos españoles que habían utilizado la fuerza abiertamente con los bearnese, extendió un mandato al señor presidente Espagnet, mientras vagábamos juntos en busca de los brujos, para que visitara toda la mencionada costa, las islas y el curso del río en el que existía el contencioso sobre la forma de los barcos. De todo ello éste hizo un mapa exacto y envió un atestado a su majestad, en el que concluía que se nos debía permitir la navegación sobre dicho río en toda clase de navíos con quilla, como hacen ellos, y que las islas situadas en nuestro lado nos pertenecen con el mismo derecho que a los españoles las del suyo.

Y para que en lo sucesivo los vascos que regresen de Terranova, de las Indias y de otros viajes no se vean obligados a aparecerse y tomar puerto en San Sebastián, de tránsito, o en Fuenterrabía, se ha dado aviso para que se construya de inmediato un puerto y abra en un lugar llamado Socoa, situado entre Hendaya y Ciboure, desde donde podríamos contener a los que quisieran atracar en Fuenterrabía, mientras que por el contrario los de Fuenterrabía, al quedar a la zaga del mencionado pueblo de Socoa, no podrían impedir que toda clase de navíos abordasen en Socoa, Ciboure y San Juan de Luz, que son tres puertos situados a continuación del de Bayona.

Para el fuerte que en aquel momento solicitaron al rey que construyera en esta población de Socoa el lugar está maravillosamente dispuesto, pues además de que existe un saliente de roca bastante alto de donde se pueden descubrir los navíos desde que se encuentren bien lejos, por detrás hay un pequeño río de agua dulce, que podría rodear con facilidad una gran parte del perímetro del mencionado fuerte. Pero como por el contrario el abra es tan necesaria, hay varias consideraciones que deben ser examinadas con particular atención antes de determinar si se debe construir o no, dicho fuerte.

A todas estas carencias, que vuelven a estas pobres gentes miserables e indispuestas, cualidades que el Diablo desea en sus acólitos, yo añadiría además que tienen tan poca industria, que al dedicarse casi todas ellas a la marina y al ser impropios para la labranza, sus tierras y campos permanecen en su inmensa mayoría incultos, dando cabida a la mendicidad. Y entre estas gentes despliega sus artimañas con facilidad, haciendo ver que corre para ayudarlos y proporcionarles víveres y recursos, aunque en realidad no les dé nada. Los deslumbra en estas grandes y altas montañas y no les deja disfrutar de cosa alguna, pues si los campos son estériles no merecen que se tomen el trabajo de cultivarlos, y si son fértiles y bien cultivados, los brujos que viven entre ellos los echan a perder con maleficios, lanzando polvos sobre los mismos para que se pierdan las cosechas.

En tercer lugar, al verlos así, menesterosos y absolutamente impropios para la labranza, malos artesanos y poco versados en trabajos manuales, y a las mujeres poco dedicadas a sus familias, como si no tuvieran prácticamente nada que hacer, Satanás finge ayudarlos, y para sorprenderlos mejor les suprime en primer lugar el entendimiento. Para ello les proporciona alguna alegría y los asombra y maravilla de tal manera con las cosas que les muestra, y con otras que hace que deseen cuando les proporciona la esperanza de disfrutarlas, que con esta gran artimaña y con la celeridad y violencia que imprime en ellas, es difícil no caer en la trampa. Con ello

les produce cierta clase de placer, y cuando cautelosamente hace que vean una pompa y magnificencia tan grandes en sus orgías y Sabbats, en los que hace abordar en un momento a tantas personas de todas las condiciones y aparecer con gran fastuosidad tanta variedad de cosas nuevas, que la mayor parte de los brujos que acuden a dichas asambleas creen que se encuentran en algún paraíso terrenal, reservado a gentes escogidas. Además de que Satanás los domestica por este medio, y les constriñe y obliga a encontrarse a ciertas horas en estas monstruosidades; y lo que es peor, les persuade de que no es más dificultoso sufrir las penas del Infierno, que las que sufren en los Sabbats.

En cuarto lugar, los hombres no aman allí ni a su patria, ni a sus mujeres, ni a sus niños. Son como esos terciopelos de dos clases de pelo, en los que se distinguen dos marcas en sus límites². La naturaleza los ha colocado a lo largo de la frontera entre Francia y España, en parte en la montaña, en parte sobre la costa marina; la lengua es mitad de vasco y de francés, y en algunos de vasco y español. El comercio que mantienen prácticamente en mayor medida en Navarra y en España que en Francia los mantiene en la indiferencia de costumbres, hábitos y afecciones, al menos en lo que respecta al pueblo llano, pues los hidalgos que frecuentan la Corte, que han sido educados a la francesa, no son de esa ralea, a pesar de que varios de ellos posean bienes y casas nobles en Francia y en España o en Navarra. Las ausencias por los largos viajes que efectúan por mar causan ese desamor y engendran ese odio, en algunos tibieza, y frialdad en otros. Además, para cuidar las viviendas sólo quedan los niños y los ancianos, personas sin conducta y sin juicio, que por su debilidad son manejadas por el Diablo a su antojo.

2. Lancre utiliza la palabra *lisière*, que significa tanto orilla, venda, ribete de un tejido como límite, linde de un terreno o territorio.

Si bien las mujeres desean que sus maridos regresen para disfrutar de alguna comodidad que les aporte el viaje, ellos vuelven en invierno, la más ruda estación del año, que por no ser industriosa pasan en los hogares, bebiendo y comiendo todo lo que tienen, sin dejar ninguna provisión a su familia, por lo que salen de nuevo para Terranova tan pobres como lo hicieron la primera vez. Voy a obviar los naufragios, que dejan las familias desconsoladas y por los que, como comentaremos más adelante, se ven mucho más afectados que todos los demás viajeros, puesto que la mayoría son brujos, y a pesar de encontrarse de viaje se les ve en los Sabbats de Laburdi.

Apenas quieren a sus mujeres, a las que sencillamente no conocen, porque no viven con ellas más que la mitad del año. La libertad que se toman de convivir con sus mujeres durante varios años antes de esposarlas, como tomándolas a prueba, hace que sus hijos apenas los conmuevan, como si estuvieran perpetuamente con las dudas sobre su paternidad, y están siempre haciendo cábalas sobre el tiempo transcurrido entre sus salidas y llegadas a sus casas, hasta el punto que si bien ellas se convierten en brujas y endiabladas, ellos se vuelven salvajes y marineros.

En lo que respecta a las mujeres, viven en parecido o mayor hastío, puesto que solamente pueden conversar con sus maridos durante medio año, y con todas esas pruebas, dudas e incertidumbres sólo los consideran maridos a medias, porque no reciben de ellos toda la ayuda que necesitarían para sus familias y para ellas mismas. No son tratadas como esposas sino en parte, lo que trae como consecuencia que cuando ellos vuelven se encuentran con que las madres han escogido y proporcionado otro padre a sus hijos, que además han entregado como presente a Satanás.

Cuando los indios de la isla Española absorben el humo de cierta hierba llamada cohoba, el espíritu se les enturbia y meten las manos entre las rodillas, agachan la cabeza y después de permanecer algún tiempo en éxtasis se ponen de pie completamente perdidos y enloquecidos, contando maravillas de sus falsos dioses, a los que llaman Cemís, igual que hacen nuestras brujas con sus demonios cuando vuelven del Sabbat. Asimismo, nuestros brujos usan tabaco o nicociana, del que todos ellos tienen un arriate en sus jardines, por pequeños que éstos sean, absorbiendo el humo que sacan de esta planta para liberarse el cerebro y resistir de alguna manera el hambre. Ahora bien, no sé realmente si esa humareda los aturde tanto como esa otra hierba de los indios, pero sí perfectamente que les vuelve el aliento y el cuerpo tan apestosos que no hay criatura humana que pueda aguantarlo sin haberse acostumbrado antes; y lo usan entre tres y cuatro veces al día. Debido a esto sus esposas huelen en ellos al salvaje, y los consideran apestosos, y a sus hijos como engendros, embrujados y bastardos, por lo que dejan que mueran y presentan al Diablo como hechos en su mayoría casi de pasada. Y cuando ven que la hediondez y ese fuerte olor marinero les agradan, se entregan más todavía a una más abominable hediondez, y disfrutan más cuando besan al Diablo, con forma de macho cabrío, en esa obscena parte trasera en la que realizan su adoración, que cuando besan a sus maridos en la boca.

En quinto lugar, en aquellos parajes la gente no está educada en el temor de Dios. Los pastores, sacerdotes y párrocos actualmente están establecidos por el Diablo en casi todas las parroquias más célebres, hasta el punto que Satanás comienza no solamente a ser dueño de los sacerdotes, sino que además ha contaminado y profanado algunas iglesias. Pues hemos verificado que celebra el Sabbat en la capilla del Santo Espíritu del monte Larrun y en la iglesia de Dordach. De esta manera encontramos que en lugar de confesar y remediar –como ellos dicen– a la gente mediante los sufragios de la Iglesia, la

pierden. Y si bien es cierto que celebran la misa diurna en iglesias legítimas, de noche la dicen en los Sabbats. Además de que todos los actos secretos que realizan de día en la iglesia, como confesiones, oraciones en voz baja o mentales y otras ceremonias parecidas, los hacen siempre en honor y provecho del Diablo.

Todo lo anterior me induce a creer que la devoción y buena instrucción de algunos virtuosos religiosos que expulsaron a los demonios y ángeles perversos de los países de las Indias, del Japón y de otros lugares, provocó que éstos se lanzaran en masa sobre la cristiandad, y como aquí encontraron la gente y el lugar idóneos, han hecho de estos lugares su principal residencia, convirtiéndose poco a poco en los dueños absolutos del país; se han ganado a las mujeres, los niños y a la mayor parte de los sacerdotes y pastores, y encontrado la manera de confinar a los padres y esposos en Terranova y en otros lugares en los que la religión es completamente desconocida, para poder establecer con más facilidad su reinado. El caso es que varios ingleses, escoceses y otros viajeros que se han acercado a buscar vinos a esta ciudad de Burdeos, nos han asegurado que durante su viaje divisaron enormes tropas de demonios con forma de hombres espantosos que pasaban a Francia. Por eso en este país de Laburdi el número de brujos es tan grande y en él se encuentran tantas almas descarriadas, que es del todo imposible reducirlas o desterrarlas por la vía de la justicia. En esos parajes la devoción y una buena instrucción serían mucho más provechosas.

Hay que tener en cuenta que en este país de Laburdi viven treinta mil almas, si contabilizamos a los que se encuentran de viaje por mar, y que entre toda esa población son muy pocas las familias que no se entregan al sortilegio de alguna manera. Si condenáramos al fuego a un número de brujos tan grande, nos dijo un día uno de ellos, sería difícil que yo no formase parte de las cenizas. Ésta es la causa de que veamos con tanta frecuencia cómo el hijo acusa al padre y a la madre, el hermano a la hermana, el marido a la mujer, y viceversa. Esta proximi-

dad hace que varios jefes de familia, oficiales y otras gentes de calidad se encuentren allí embarazados, prefiriendo sufrir la incomodidad que pueda existir en la abominación de que los brujos los mantengan siempre en cierta duda sobre los suyos, que ver tanto tormento, cadalso, llamas y quema de gentes que les son tan cercanas. Nosotros no hemos dudado en absoluto durante esta prueba, a pesar de que la multiplicidad y el número infinito de brujos nos causasen horror. Éstos huían en caravanas en cuanto llegábamos, por mar y por tierra, llevando de hora en hora la baja y alta Navarra y la frontera de España. Fingían peregrinaciones a Montserrat y a Santiago; otros, viajes a Terranova y a otros lugares, causando tanta alarma en Navarra y en España que los inquisidores se acercaron a la frontera y nos escribieron por si queríamos enviarles el nombre, edad y otras señas de los brujos fugitivos, para que nos los pudieran devolver, lo que estaban dispuestos a hacer de muy buen grado. Les contestamos que sería mejor aún que los guardasen cuidadosamente y les impidieran regresar, que estábamos más preocupados por deshacernos de ellos que por recuperarlos. Se trata de un dañino mobiliario del que no hay que hacer inventario.

Satanás concentra su mayor esfuerzo en los niños, que después de haber tomado las iglesias como asilos, por ser legítimas casas de Dios, y a los Pastores como protectores, se encuentran con las iglesias profanadas y a los curas acólitos de Satanás infectados por este personaje abyecto. No obstante, al no encontrar ningún refugio más seguro, duermen en tropeles en las mismas, por ser lugares de respeto, pensando que el Diablo no podrá arrancarlos de allí para conducirlos a sus abominables asambleas.

Además, esta nación siente una asombrosa inclinación al sortilegio, sus gentes son ligeras y movedizas de cuerpo y de espíritu, prontas y animadas en todas sus acciones, y tienen siempre un pie en el aire y, como se dice, la cabeza cerca del gorro. Asimismo, odian en cierto modo, y no sé por qué, los sombreros. Son más procli-

ves al homicidio y a la venganza que al hurto y al perdón; andan a gusto de noche, como las lechuzas, son amantes de las veladas y de la danza, de noche y de día, y no de la danza reposada y grave, sino de la agitada y turbulenta, la que más les atormenta y agita el cuerpo, la más penosa, que les parece la más noble y decorosa. Y bailan con el mismo tamboril con el que lo suelen hacer en el Sabbat, como testimonia el ciego de Ciboure, sobre el que varias personas nos han asegurado que lo han visto frecuentemente en dicho lugar. Se diga lo que se diga, son fieles, la gloria los sostiene en la fidelidad, aun cuando ninguna otra cosa los condujera a ella, pues sin tomar en consideración los castigos que las leyes imponen por este delito, creen que el hurto es una vileza del alma y una sumisión de un corazón abyecto, no elevado, que testimonia de forma ruin que se es menesteroso. En ningún momento he visto un solo condenado en este Parlamento por haber robado algo de valor, y mientras he permanecido en su país nunca he visto pedir limosna ni pordiosear más que a extranjeros.

Digamos que es la nación más resuelta que existe; y puedo afirmar que he visto niñas y niños tan precipitados en todo lo que se les mandaba, y que se desplazaban con tanta rapidez que tropezaban con las puertas y ventanas que encontraban a su paso.

A todo lo cual añadiría la forma de vestir, e incluso los peinados de las mujeres y mozas, que parecen en cierto modo impúdicos. Hablo de las mujeres comunes, pues el peinado de las mujeres de posición de Bayona y las telas que visten, con las costuras que muestran en la parte inferior y las gorgueras, y las piezas bordadas que llevan sobre el pecho son muy honestas, aunque pesadas y de gran labor y despensa. Ellas mismas me han confesado que hace falta medio día para blanquearlas bien, acomodarlas y arreglarlas. Pero si miramos a las mujeres y niñas comunes, incluyendo a las de Bayona como ciudad capital de la que el resto del país toma ejemplo, algunas van rapadas, salvo en las extremidades, donde tienen mucho pelo; otras, un poco más relevantes, llevan el pelo

cubriendo a medias sus mejillas, con sus cabellos revoloteando sobre sus espaldas y acompañando en cierto modo a sus ojos, y parecen más bellas con esa candidez, están más atractivas que si las viéramos a campo abierto. Con esa bonita cabellera obtienen tantas ventajas y están tan fuertemente armadas, que cuando el sol lanza sus rayos sobre esa mata de cabellos el resplandor es tan violento y forma centelleos tan brillantes como los que conforma el cielo sobre un nubarrón cuando vemos nacer el arco iris, produciendo la fascinación visual, tan peligrosa en amor como en sortilegio, aun cuando entre ellas llevar la peluca completa sea signo de virginidad. En algunos lugares las mujeres corrientes, queriéndose hacer las marciales, llevan ciertos morriones, de forma tan poco decente que más se diría un arma de Priapo que del dios Marte, hasta tal punto su tocado parece expresar su deseo, pues las viudas llevan el morrión sin cresta, para significar que están a falta de macho. En Laburdi las mujeres muestran de tal manera su trasero que todo el ornato de sus faldas plegadas está en la parte posterior; y para que la gente lo pueda contemplar se recogen el vestido y se lo colocan sobre la cabeza, tapándose incluso los ojos con el mismo.

Digamos para finalizar, que es un país de manzanas, las mujeres sólo comen manzanas, sólo beben jugo de manzanas, lo cual les proporciona la ocasión para que muerdan con agrado esta manzana prohibida, que hizo propasarse y quebrantar la prohibición del mandamiento de Dios a nuestro primer padre. Son Evas que seducen de buena gana a los hijos de Adán y, privadas de cerebro, viven en las montañas en absoluta libertad y simpleza, como Eva en el paraíso terrenal. Escuchan a hombres y demonios, prestando atención a cuantas serpientes las quieran seducir; y aun cuando frecuentan día y noche los cementerios, cubriendo y rodeando sus tumbas con cruces y hierbas olorosas, no quieren ni sentir en sus narices el olor del cuerpo de sus maridos. Es un engaño, pues quien no derramó una lágrima el primer día de los funerales, llora o finge que llora a lágrima

viva a su marido muerto hace veinte años. Se las ve allí en grupos, sentadas o en cuclillas, y no de rodillas, chismorreando y platicando lo más frecuentemente sobre las cosas que vieron la noche precedente y sobre el placer que experimentaron en el Sabbat, sobre la aspereza y altura de sus montañas y la oscuridad de los antros que en ellas se encuentran, sobre las cavernas, grutas y “cámaras del amor” situadas a lo largo de su litoral. Mar sobre cuya espuma engendró en otros tiempos Venus, que renace tan a menudo entre estas gentes de mar, en cuanto ve el esperma de la ballena –de la que también se ha dicho que nació Venus– que ellos atrapan anualmente. La promiscuidad entre las mozas y los jóvenes pescadores que se ven en Anglet en mantilla, completamente desnudos por debajo de ella, revolcándose en las olas, hace que el amor los tenga amarrados, atrapados en sus redes, y los convida a pescar en esas aguas turbias, y les provoque tanto deseo como libertad y comodidad tienen para después de haberse mojado todo el cuerpo, irse a secar a la cercana “cámara del amor” que Venus parece haber colocado expresamente a la orilla del mar con esa única finalidad.

Tengo que hacer todavía otra observación, y es que en todas sus parroquias toman nombres de gente eclesiástica y los pequeños magistrados populares se llaman presbíteros. En todos sus festines nunca dejan de nombrar un obispo, ni en sus juegos algún nuevo presbítero de Maugouver. Ahora bien, todo esto es solamente una manera de usurpar el nombre, y de esa manera ridiculizar el misterio. En todas las grandes iglesias del país hay también una mujer a la que llaman la Benedicta, que hace la función de sacristán. A mí me parece que se acerca demasiado a los sacerdotes libertinos y estaría tan a gusto en Alemania, donde vi a menudo cómo una mujer seguía a un sacerdote por el pueblo, caminando detrás de él llevando el cáliz y los ornamentos con los que acababa de decir la misa. Aquí adorna el altar, limpia y acomoda los lienzos y pone los cuellos blancos a los pequeños santos que se encuentran sobre el altar,

algo que si se hace con buena intención es más indecente que perverso, razón por la cual el señor obispo de Bayona está ocupado activamente en reformar todo esto. Asimismo, encuentro inconveniente que en San Juan de Luz y en varios lugares más, un grupo de mujeres –he contado hasta diez– anden recogiendo dinero por toda la iglesia, como hacen nuestros burgueses en nuestras parroquias. Y también encuentro muy inconveniente que todas las mujeres y niñas hagan las colectas con vanidad, cada una según su rango, empleando en ellas tanto tiempo, que muy a menudo la misa finaliza antes de que hayan terminado; y que los hombres, con la excepción de los magistrados, no aparezcan nunca por la iglesia; y que cuando las mujeres lo hagan, ofrezcan un cirio atado a un pequeño pastel hecho de la forma más indecente que uno pueda imaginar en una mujer honesta.

No quiero olvidar señalar que en Laburdi hasta los aldeanos y aldeanas más pordioseros se hacen nombrar señores y damas de una cierta casa, en referencia a las casas que cada uno de ellos posee en su pueblo, aun cuando ésta parezca más una porqueriza para cerdos. Ahora bien, algunas de estas casas se encuentran formando hilera en la calle del pueblo, mientras que otras quedan un poco más separadas y están situadas sin orden ni concierto, y tienen algunos pequeños terrenos y labranzas a su alrededor. Estas gentes por lo general renuncian a su cognomento, al apellido de sus familias, e incluso las mujeres al apellido de sus maridos, para tomar el nombre de sus casas por endebles que estas sean. Y se puede decir que si la mutación y cambio de apellido es en ciertos casos una variedad de crimen, por lo menos aquí es una especie de inconstancia y ligereza, en la que se acomodan en alguna manera al humor del Diablo, en vista de que al igual que él quieren variar en todas las cosas y disfrazarse hasta hacerse irreconocibles. Además de que todo hombre de sentido común se afana en perpetuar su apellido, su familia y su casa, mientras que por el contrario ellos entierran su apellido

y la memoria de su familia en las ruinas de una destartada casa de pueblo.

Por lo demás las cruces son muy bellas y están bien ornamentadas, pero una vez finalizado el servicio funeral, una persona se la lleva fuera de la iglesia y la guarda en su casa, siendo ésta una cosa que no debe moverse de la iglesia mientras pueda permanecer en ella segura, como ocurre ahora que nos encontramos en completa paz y siempre, porque una casa de aldeanos no es tan sólida como una Iglesia. Además llevan cruces muy grandes y pesadas, que tienen adosadas siete u ocho campanillas doradas, pues quieren que la cruz haga un ruido de campanillas semejante al de una mascarada de pueblo, e incluso me atrevería a decir que un ruido infernal en lugar del ruido divino que debieran hacer. La cruz debe susurrarnos en el corazón e impregnarse con la voz de los hombres y con las bellas y santas palabras que se escuchan en la iglesia o que ésta nos enseña, y no con campanillas. La vecindad y el comercio con el español les han transmitido esta mala costumbre, hasta el punto de que en todo el país de Laburdi sus cruces suenan y sus Sacerdotes danzan, y son los primeros en el baile que se organiza en el pueblo.

Añadamos la destreza y agilidad que tienen en Anglet, Bidart y en otros lugares semejantes, cuando los hombres de todas las edades y las mujeres y mozas, agarrándose a esa cuerda y a esa red de pescadores, van como a presentarse al dios Neptuno y a recibir a esos grandes borbotones de agua en los que se meten todos a la vez sin temer ni considerar nada, justo igual que hacían los ixiones en los nubarrones, venciendo las olas ruidosas como truenos, de manera que se les puede ver inmediatamente después sobrenadando como Tritones por encima de estas grandes montañas de agua, dejando pasar indolentemente y en cada ocasión las olas, para que se extingan y diluyan sobre la arena, mientras los propios espectadores se ven a menudo sorprendidos por ellas cuando quieren contemplar esta maravilla.

Y en San Juan de Luz y en Ciboure los niños van igualmente durante el verano a la desembocadura del mar, donde el pequeño río que separa los dos grandes burgos se presenta en su travesía final para impedir la entrada a este gran Océano. Aunque finalmente se ahoga y pierde en éste, haciendo tal ruido y esfuerzo en el encuentro, que me maravilla que esos niños completamente desnudos que van a nadar ahí, como para socorrer a este río compatriota y como nacido para ellos, no se pierdan cien mil veces en sus enormes cúmulos, blancos como copos de nieve, si tenemos en cuenta que su sola blancura es una venda que nos ciega, su ruido es un espantajo que nos asombra, ese furioso encuentro es de una violencia que nos arrebatara de tal manera, que el menor esfuerzo que ellos realicen es capaz de ahogar el coraje más firme del más constante Filósofo del mundo.

Mención aparte merece la destreza de esos otros niños que se lanzan a este río de cabeza desde lo alto del puente de San Juan de Luz, y van a buscar por puro placer una moneda de plata de poco valor, para verlos salir como somorgujos a quinientos pasos de donde hicieron su entrada al agua. Seguro que usted ya habrá oído hablar del viaje de los Argonautas en busca del vellón de oro, y de las sacudidas que sufrían sus naves en la entrada de su mar.

He visto cómo botaban un navío al agua y hacían que saltara ingeniosamente del muelle al río con una tropa de jóvenes pilotos que se movían a su alrededor como monos, y con varios niños en su interior, que para poner en movimiento este gran armazón de madera, corrían ya de una borda a la otra, ya de una a otra punta, ya trepando y rodando por las cuerdas para hacer que se inclinara y se desprendiera de alguna mala esclusa, con tal prontitud y maña que era una maravilla contemplar sus diversos movimientos.

Ahora bien, esa ligereza de cuerpo en todas estas ocasiones y circunstancias pasa hasta el alma, que es la que empuja al cuerpo. Y como el Diablo se sirve de los talentos depravados, malas costumbres y hábitos, y de

todo lo que la gente tiene en su interior de disposición viciosa y corrupta, no debe extrañarnos si mediante engaños y artimañas provoca que corran con tanta ligereza a esa abominación del sortilegio, iniciándolos en todos los ejercicios de la propia ligereza, que son entre otros la curiosidad, el deseo de novedades, los festines, la danza y los viajes por mar, cosas por las que sienten más inclinación que cualquier otro pueblo sobre la Tierra.

Discurso III

El porqué hay más mujeres brujas que hombres, y de cierta clase de mujeres, llamadas benedictas, que en el país de Laburdi tienen como sacristanas.

En todas las épocas se ha observado que existen más mujeres brujas que hombres, siendo algo que se puede ver con claridad leyendo a los poetas griegos, latinos, italianos y franceses, todos los cuales celebraron a alguna mujer como excelente hechicera y bruja.

Ronsard no olvidó a la hechicera Hécate, a la que hablando en francés le dijo: «Aquí te prometo ¡Por tu Hécate y por sus tres cabezas!».

Además de ella es necesario añadir todos estos nombres: *Sagae*, *Strigae*, *Lamiae*, *Laricae*, *Fatidicae*, *Furiae*, *Harpiae* y a las que los italianos llaman *Fate*, *Ninphe*, *Sybillae*, *Bianche*, *Donne*, *Buone*, que tienen por reina a Habondia. Todos son nombres femeninos, lo que demuestra que la mujer tiene más inclinación natural a la brujería que el hombre, siendo ésta la razón por la que hay más mujeres brujas que hombres, y aunque el motivo para

que eso sea así quizás sea un secreto divino, sí podemos emitir aquí alguna razón probable.

Bodin dijo con mucha razón que no es por la debilidad y fragilidad del sexo, pues se puede comprobar que sufren la tortura con más firmeza que los hombres. Hemos visto a brujas en Bayona que la sufrían con tanta resolución y alegría, que después de que hubieran dormitado un poco durante los tormentos, como si fueran algo dulce y delicioso, decían que venían de su paraíso y que habían hablado a su Señor. La causa sería más bien la fuerza de la avidez salvaje que empuja y reduce a la mujer a excesos, a los que se entrega de buena gana para gozar de sus apetitos, para vengarse o para conocer otras novedades y curiosidades que se ven en dichas asambleas. Todo lo cual ha movido a algunos filósofos a clasificar a la mujer entre el hombre y la bestia bruta.

Pero digamos para no culparla por esos grandes defectos sin autoridad, que Plutarco en el libro de la tranquilidad espiritual, Estrabón en el primer libro de su Geografía, Diodoro en el quinto libro de las gestas de los antiguos y San Agustín en el tercer libro de la *Ciudad de Dios*, testimonian que la mujer tiene la mala propensión a ser más obstinada que el hombre, lo que según ellos afirman se debe a que la infidelidad, la ambición, la soberbia y la lujuria abundan más entre las mujeres que en los hombres.

Es muy cierto por lo tanto que el Espíritu Maligno conduce con más facilidad el espíritu voluble de las mujeres a la superstición e idolatría que el de los hombres, razón por la cual en el gran libro del Génesis podemos leer que la doctrina diabólica fue enseñada antes a Eva que a Adán en el comienzo del mundo, siendo aquélla seducida antes que él por Satanás, que se apareció en forma de serpiente. Además de que nosotros mismos hemos podido comprobar, por una infinidad de experiencias, que cuando el Diablo quiere conducir a una mujer casada al Sabbat, coloca gustosamente algún demonio cerca del marido al que quiere arrebatar su mujer, y si es necesario remeda el cuerpo de ésta para que

sirva al marido de súcubo; sin embargo, casi nunca remeda al marido, casi nunca suplanta en sustitución del suyo un cuerpo que haga de íncubo. No digo que no pueda suplantar con la misma facilidad tanto a uno como a otra, y en los libros existen varios ejemplos de íncubos, pero nosotros no hemos tenido conocimiento de ninguna experiencia en la cual cuando el Diablo ha querido conducir al marido al Sabbat haya hecho el íncubo y suplantado el cuerpo del marido para engañar a su mujer, que no era bruja. Es igualmente cierto, que siguiendo el ejemplo de Eva, la mujer hace Brujo a su marido con mucha mayor frecuencia que al revés.

Dios quiso debilitar a Satanás, y lo hizo notoriamente constituyendo en primer lugar su reino y dándole poder sobre las criaturas menos dignas, como es el caso de las serpientes, y sobre las más débiles, como los insectos; luego se lo dio sobre las bestias brutas, antes que sobre el género humano; posteriormente sobre las mujeres y más tarde sobre los hombres que viven como bestias, antes que sobre aquéllos que viven como seres humanos.

A Satanás, que siempre tuvo alguna arpía para engañar al mundo, se le ocurrió una artimaña en este país de Laburdi, pues siempre quiere meter las narices en todas partes, o por lo menos contaminar los santos templos y sembrar en ellos toda la confusión y desorden posibles, y para asentarse en las iglesias, que en otros tiempos solían servir como asilos para protegerse de él y de todos los demás espíritus malignos, y encontró la manera de introducir algunas mujeres en las iglesias para que recogieran los donativos y otras pequeñas ofrendas que se acostumbran a donar en las mismas. Yo mismo pude ver en uno de los pueblos más conocidos a diez mujeres, una detrás de la otra, llevando los cepillos con los que recogen en la iglesia las limosnas de las almas devotas y caritativas. Asimismo, vi a una mujer, a la que ellos llaman Benedicta, que ejercía de sacristán, acercarse a los altares llevando las albas, luminaria y otras cosas similares. Me extrañó que esa tarea fuera asignada

a esas diez primeras mujeres en lugar de a hombres, en concreto a las personas más notables de la parroquia, como ocurre en las mejores ciudades de Francia, donde encargan esa tarea a los más honorables burgueses, y me extrañó mucho más aún que fueran pidiendo los donativos de galería en galería –pues todas las iglesias bellas y grandes están compuestas por dos o tres pisos de galerías– donde debían estirar la capa de los hombres, que por estar éstos apoyados en la baranda de la galería les daban la espalda, cuando a veces había que subir más de cien peldaños.

En lo que respecta a la sacristana, ésta tenía mucho más trato con los sacerdotes, porque tenía que estar la primera en la iglesia en cuanto clareaba el alba para colocar los lienzos blancos y demás ornamentos sobre el altar. Esto provoca algunas veces tan malos encuentros, que es imposible que el Diablo, que solamente quiere contaminar el santuario de Dios y corromper a sus ministros, no esté involucrado en ellos; y de hecho no hay que poner en duda que varias de estas mujeres sean brujas, y si no que lo sean al menos algunos miembros de sus familias. En lo que se refiere a las benedictas o sacristanas, encontramos entre ellas dos brujas, que fueron deferidas ante la Justicia en presencia nuestra, siendo algo que no nos debe extrañar, puesto que la mayoría de los sacerdotes son brujos, además de que hemos encontrado dos iglesias o capillas en las que el Diablo celebra el Sabbat.

Y aun cuando las mujeres fuesen en cierto modo capaces de realizar el servicio divino, y existen religiosas que llevan una vida tan ejemplar que sabrían ser las más santas ermitañas que nunca hayan existido, la propia Iglesia ha hecho siempre esa diferencia, que las mujeres y mozas, por vírgenes y castas que sean, no puedan celebrar la misa, tocar el Santo Sacramento de la Eucaristía, ni tampoco acercarse a los altares. En cambio sí se les permite que contemplen la elevación, para lo cual tienen licencia para quitarse el velo, al igual que se les ha concedido el derecho a rezar los responsos.

Es vergonzoso en una mujer que se encierre en una iglesia con un sacerdote, lo que la benedicta puede hacer en completa libertad en la oscuridad de la mañana, al mediodía, hora de silencio en las Iglesias, y por la tarde, cuando el Espíritu Tenebroso comienza a correr un velo para que se desvanezca la claridad; además de que en las iglesias ciertas oraciones se recitan de noche, y son la benedicta y los sacerdotes los que una vez terminadas éstas deben guardar los ornamentos y apagar las luces, los que permanecen los últimos en la iglesia para realizar los últimos oficios. Una vez que se han quedado solos sin vergüenza ni escándalo, quedan con toda la facilidad y libertad para hacer y decir lo que quieran, y para cumplir los requerimientos y disposiciones que el Diablo les dicte, bien para acudir juntos al Sabbat si ambos son brujos, como ya hemos visto que ocurre, o para cometer otras mil abominaciones indignas del lugar y de su condición. El pretexto de realizar los quehaceres de la iglesia le sirve a ella de excusa para cubrir el menoscabo que hace a su honor.

Y puesto que la ley civil prescribe a la mujer que se abstenga de ocupar ningún cargo civil ni público, cuánto más decoroso sería que se abstuviera igualmente de acercarse a los ornamentos de nuestras iglesias, a nuestros curas y a la santidad de nuestros altares.

No obsta que antiguamente existieran mujeres, llamadas diaconisas, que llevaban la administración de la iglesia, pues tan sólo se encargaban de guardar la puerta, y únicamente la puerta por la que las mujeres entraban en la iglesia, como se hace en Italia en las estaciones, donde por una de las dos puertas que hay en las iglesias entran solamente los hombres, y por la otra las mujeres, sin entremezclarse, por temor a cien mil desgracias que ocurren en ese país en cuanto las mujeres echan el primer vistazo a los hombres con los que tienen o desean tener algún mal propósito.

Y aunque parezca que esto deba esperarse únicamente de las mujeres casadas, y que el decreto del Tribunal Parlamentario de París del 24 de julio de 1600 así

lo entiende y explica, encontrando injusto que una mujer casada pueda, a despecho de su marido, ser elegida sacristana en una iglesia, a mí me parece que es tan peligroso, e incluso más, para una moza soltera que para una casada, pues esta última tiene como vigilante a su marido, que la acompaña a todas partes, sin perderla de vista, y puede impedir que cometa algún mal.

En cambio, una muchacha soltera y una viuda, como ocurre generalmente con las benedictas –pues suelen ser o bien solteras entradas en años o jóvenes viudas–, en un país tan libertino como el país de Laburdi, donde los curas son considerados como semidioses, es imposible pensar que la sola santidad del templo los mantenga púdicos, sino que por el contrario ésta serviría más bien como cobertura para echar tierra encima y tapar sus faltas e impudicias.

Todo lo anterior me hace concluir que no tenemos que tolerar en este país, ni en ningún otro lugar, a ninguna muchacha ni mujer de ninguna condición, edad y calidad, como benedicta o sacristana, por miedo a que simulando llevar el domingo una camisa y un cuello blanco a los pequeños santos que se encuentran sobre los altares, como es tradicional, vayan allí a mancillar a los curas, y a que cometan una infinidad de maldades diversas a las que el país y el humor voluble de este pueblo se ven tan inclinados. Todo ello no obsta para que quizás todos estos buenos oficios que ellas hacen en la iglesia fuesen tolerables en otro lugar menos propenso a la corrupción, si fueran hechos con buena intención y por un alma tan pura y neta como lo requiere la santidad del lugar.

Libro segundo



Discurso I

Cuándo tiene lugar el Sabbat y en qué forma se representa en él el Diablo.

El Diablo, que quiere obtener los primeros votos de reconocimiento de todo el mundo, ha escogido además los primeros días de la semana, creyendo que de ese modo obtiene alguna ventaja para desafiar en cierta forma a los cristianos y buenas almas, que consagran ciertos días en especial al servicio de Dios, pues los turcos celebran los viernes, los judíos el sábado y los cristianos el domingo. De manera que se ha adelantado a todos y ha escogido el jueves, aproximadamente a medianoche para efectuar la primera celebración. Sin embargo, el Diablo inconstante ha variado en este país de Laburdi, y quizás también en todos los demás lugares en que acostumbran a celebrar el Sabbat, si tenemos en cuenta que los días más ordinarios para la convocatoria del mismo, o para decirlo más correctamente las noches, son las de miércoles a jueves y las de viernes a sábado, aunque nos hemos encontrado con que acuden a dicho lugar

casi todas las noches, lo que confieso que es algo extraordinario. Tanto es así que a medida que escuchábamos testigos en cada parroquia, encontrábamos a una infinidad de ellos que nos aseguraban que habían estado allí la noche precedente a sus audiciones, que celebrábamos sin interrupción todos los días cuando nos encontrábamos haciendo indagaciones. E incluso algunas veces nos confesaban que habían estado de día en esas asambleas.

Catherine de Naguille, de la parroquia de Ustaritz y de 11 años de edad, así como su compañera, nos aseguraron que habían estado en el Sabbat en pleno mediodía, e incluso que fue transportada allí mientras estaba en la iglesia, en la que después de haber velado toda la noche junto a otros niños, se durmió sobre las once, de manera que el Diablo se aprovechó de esa ocasión para conducirla hasta aquel lugar.

Janette de Abadie de Ciboure decía lo mismo, que después de haber velado varias noches en la iglesia con otras mozas, se quedó dormida de día en su casa mientras decían la misa mayor en Ciboure, y estando dormida fue transportada al Sabbat por el Diablo, lo que hizo una vez que le hubo quitado del cuello cierto breviario o algo por el estilo que llevaba contra la fascinación, que según nos dice ella el Diablo no se atrevió a llevar consigo, dejándolo en el umbral de la puerta de su habitación.

La hora la escoge el Diablo, que espera a que se hayan desplegado las cortinas más negras de la noche, a la hora más oscura de todas, la hora de la medianoche, cuando las tinieblas son más profundas y casi todo el mundo se encuentra en el primer sueño. También suele escoger la hora del mediodía, por ser éstas las horas en que los demonios terrestres son más poderosos.

Otros dicen que generalmente escoge entre después de las once hasta una o dos horas después de la medianoche, según los quehaceres a que se entreguen él y sus acólitos. No todos llegan a la vez, como tampoco llega la gente al mismo tiempo a las asambleas legítimas, debi-

do a que algunos viven en las cercanías, otros más lejos, algunos caminan con rapidez y otros con paso más lento y cansino.

Además, todas las brujas insignes que hayan aceptado el encargo específico de hacer algún maleficio tienen buen cuidado en realizar un esfuerzo antes de acudir al Sabbat, para no ser allí atormentadas por no haber podido realizarlo en el plazo en que se habían comprometido a hacerlo, y asimismo a fin de mostrarse dignas de esa venerable compañía, ante la que todos tienen el hábito de vanagloriarse del mal que han hecho. Satanás es quien fija los plazos, especialmente cuando ve que se han preparado, e incluso arriesgado a realizar el maleficio al que se habían obligado. Eso no quiere decir en ningún caso que alguna vez las libere del compromiso, pues si una bruja había prometido conducir al Sabbat al pícaro hijo de su vecino en ocho días y no cumple, se le concede cierto plazo, y si cuando éste vence no ha podido realizarlo aún, tiene que presentar a su propio hijo, o a algún otro de tanto o mayor valor, pues en caso contrario es duramente maltratada. Todo esto crea notables desarreglos, como relataremos más adelante.

A veces, cuando un Sabbat concluye en algún rincón de una parroquia, van a celebrarlo en alguna otra, a la que el Diablo conduce a esas mismas personas. Pero allí se encuentran con otras, como si se reuniera una compañía de soldados para mostrarla en otro barrio a varias compañías más.

Otras veces los va llevando de parroquia en parroquia, como vimos mientras nos encontrábamos en Saint Pée, donde todos nuestros testigos nos decían que habían sido recogidos por las mujeres que los solían conducir habitualmente, y que los habían transportado al Sabbat de Baré. Más tarde, una vez que los regresaron a nuestro hotel, en el que se acostaban por miedo a ser seducidos, acudieron al Sabbat del cementerio de Saint Pée.

Algunas veces se celebran Sabbats y asambleas generales, de ordinario durante las cuatro mayores fiestas anuales, que se celebran en algún lugar de la costa de Hendaya, donde se congregan multitudes tan grandes –creo que todo el país se encuentra allí– que varias personas nos han dicho que habían visto en ellas a más de doce mil personas. Marguerite, una muchacha de Saint Pée que tenía 17 años, nos dijo exagerando que había tanta gente como estrellas en el cielo, queriendo realzar tanto como podía su comparación.

Pero de ordinario se celebran en las encrucijadas, como afirmaba Isaac de Queyran, que declaraba haber estado en la del Palacio Galienne, cerca de la ciudad de Burdeos, o en las plazas de los pueblos delante de las iglesias, la mayoría de las veces frente a la puerta principal, si como ocurre a menudo la iglesia está plantada en medio de la plaza, para que el Diablo coloque su púlpito justamente al frente del altar principal en que se coloca el Santo Sacramento, como ocurre en la plaza de Ascain, donde todos los testigos de aquel lugar nos afirmaron que se hacía el Sabbat.

También hay costumbre de efectuarlos en algún lugar desierto y salvaje, lugares fuera de todo tránsito, vecindad, de todo lugar habitado o de encuentro, como puede ser en medio de una landa. Ellos los llaman comúnmente *lane* de Aquelarre, que significa prado de macho cabrío. Y de hecho los brujos que confiesan nombran el lugar para referirse a la asamblea y la cosa o asamblea para referirse al lugar, hasta el punto de que si bien propiamente *lane* de macho cabrío sea el Sabbat que se celebra en las landas, ellos llaman igualmente *lane* de macho cabrío al que tiene lugar en las iglesias y plazas de las ciudades, en las parroquias y en otros lugares, debido, a mi juicio, a que los primeros lugares en los que se descubrió que se efectuaban las mencionadas asambleas fue en las landas, debido a la comodidad que ofrecían, y a que en ellas es donde más se ven esos machos cabríos, cabras y demás animales semejantes.

Y para corroborarlo tenemos más de cincuenta testigos que nos aseguraron que habían asistido a la *lane* de macho cabrío o Sabbat que tiene lugar en el monte Larrun, a veces en los alrededores y otras dentro de la propia capilla del Espíritu Santo que se encuentra en su cima. También se había celebrado otras veces en la iglesia de Dordach, que está situada en los lindes de Laburdi, otras en domicilios particulares, como afirmaron durante el proceso que les instruimos en Saint Pée. Asimismo, tuvo lugar un Sabbat en nuestro hotel, llamado Barbarenea, y otro en el del togado De Segure, asesor criminal en Bayona, que hacía simultáneamente a nosotros una más amplia Inquisición contra algunas brujas, en virtud de un decreto del Tribunal Parlamentario de Burdeos. Más tarde en esa misma noche, fueron a celebrar otro al castillo que posee en Saint Pée el señor de la localidad, el señor de Amou. En todo el país de Laburdi no hemos encontrado ninguna otra parroquia, a excepción de la de Saint Pée, en la que el Diablo hubiera celebrado el Sabbat en casas particulares.

Vamos ahora a tratar de saber si el Ángel Perverso principal, el jefe o Gran Señor de todos los ángeles perversos, preside personalmente todos y cada uno de los miles de Sabbat o asambleas que se realizan en todos los rincones del mundo, teniendo en cuenta que universalmente aparece prácticamente con la misma forma. Es ésta una cuestión más de curiosidad que de importancia, pues de la misma forma que el Diablo hace que en dichos lugares aparezcan cosas de una manera real, no tengo ninguna duda de que deje ver aún más cosas por ilusión, por lo que puede de esa manera enviar a cada asamblea a un demonio, que parecerá absolutamente similar a él.

Sobre este particular viene muy a propósito relatar lo que aconteció en la parroquia de Urruña mientras nos encontrábamos realizando el proceso a los brujos. Nuestra llegada atemorizó y extrañó a todo el país y fue motivo para que los brujos se quejaran en los Sabbats a su maestro, el Ángel Perverso, diciéndole que sería muy

conveniente que parara ese golpe y los protegiera de la hoguera. Esto dio ocasión a que se ausentara durante algunas noches, lo que causó la mayor decepción; y de hecho para aproximadamente el 20 de julio de 1609 había faltado por tres veces a los Sabbats ordinarios que habían tenido lugar hasta ese día. Compareció al cuarto, celebrado la noche del 22 de julio del mismo año 1609, simulando que había pasado un gran trabajo para proteger de nuestras garras a sus adeptos, a los que estábamos instruyendo el sumario con toda la diligencia y ardor que se requiere en semejantes menesteres. Todos los brujos y brujas se regocijaron, preguntándole dónde había permanecido durante tanto tiempo, sin acudir a verlos ni reunirse con ellos; a lo que respondió que venía de defender su causa contra el Salvador, a quien blasfemando llamaba Janicot³, como quien diría Juanito, que le había ganado la causa y que aseguraba que no serían quemadas. En recompensa quería que entre todos sus acólitos le condujeran en algunos días al Sabbat ochenta niños, que darían a un sacerdote presente en aquellos momentos en dicho lugar, al que los testigos nombraron, y que algún tiempo después fue detenido y encarcelado por brujería.

Todos nuestros testigos que acudieron a ese Sabbat –que eran muy numerosos– particularizaron tan detalladamente este hecho, que nos dijeron que el Diablo dijo esto dirigiéndose entre otras a dos brujas notables, una de las cuales, llamada Marissans de Tartas, fue con posterioridad condenada a muerte, siendo la segunda Marierchiquerra de Machinena. Cuando investigamos con particular atención si las brujas nos podían aclarar si habían constatado alguna deficiencia particular durante la ausencia de ese Gran Señor en los mencionados Sabbats, nos dijeron que sí, que en sustitución del Gran Señor no había más que un pequeño diablo o demonio que casi no tenía cuernos y cuya compañía no

3. Confunde Janicot con *Jangoikoa*, Dios en euskara.

complacía como la de su Señor. Añadieron que no tenían tanta confianza en toda la tropa de ángeles perversos como en el único al que estaban acostumbrados a adorar y servir, de manera que cuando el grande reapareció delante de toda la asamblea, el pequeño se marchó levantando el vuelo como un pájaro, elevándose tanto que lo perdieron inmediatamente de vista.

Nos falta ahora por saber la forma y el estado en que acostumbraba a representarse y dejarse ver cuando comparecía en las mencionadas asambleas. No lo hace en absoluto en una forma constante, por ser todos sus actos movimientos inconstantes llenos de incertidumbre, ilusión, decepción e impostura.

Marie de Aguerre, de 13 años, al igual que otros, confesaba que en dichas asambleas hay un gran cántaro en medio del Sabbat, del que sale el Diablo en forma de macho cabrío, y una vez fuera se hace tan grande que se vuelve espantoso. Una vez finalizado el mismo vuelve a introducirse en el mencionado cántaro.

Otros dicen que es como un gran tronco de árbol oscuro, sin brazos y sin pies, que permanece sentado en un púlpito y tiene cierta forma de rostro humano, grande y horroroso.

Otros que es como un gran macho cabrío, con dos cuernos delante y otros dos atrás; que los de adelante en su parte superior se levantan hacia atrás, como la peluca de una mujer. Pero lo común es que solamente tenga tres cuernos, con una especie de luz en el del medio, con la que acostumbra a alumbrar el Sabbat y dar lumbré y claridad incluso a las brujas que tienen cirios encendidos en las ceremonias de la misa que quieren remedar. También le han visto una especie de gorro o sombrero por encima de sus cuernos. Delante tiene su miembro, que siempre exhibe tieso y empinado y que mide más de un codo⁴, y una gran cola detrás, con una

4. Codo: medida de longitud que equivale a unos cincuenta centímetros.

especie de cara arriba, por la que no profiere una sola palabra, pero le sirve para dársela a besar a los que le parezca bien, haciendo honor de esa manera a algunos brujos y brujas, más a los unos que a las otras.

Marie de Aspilcuette, vecina de Hendaya de 19 años, declara que la primera vez que le fue presentada lo besó en esa cara de la parte posterior, que se encontraba encima de una enorme cola; que lo besó allí tres veces, y que esa cara semejaba el hocico de un macho cabrío.

Otros afirman que tiene la forma de un hombre vestido tenebrosamente y que no quiere ser visto con nitidez, de igual manera que dicen que es completamente resplandeciente y tiene la cara roja como un hierro al salir de la fragua.

Corneille Brolic, de 12 años, dijo que cuando se lo presentaron tenía la forma de un hombre, con cuatro cuernos en la cabeza, no tenía brazos y estaba sentado en un púlpito, con algunas de sus mujeres favoritas siempre cerca de él. Y todos concuerdan en que se trata de un gran púlpito de apariencia dorada y muy pomposo.

Janette de Abadie, de Ciboure, de 16 años de edad, dijo que tenía una cara delante y otra en la parte posterior de la cabeza, como pintan al Dios Jano.

Encontrándome en La Tournelle, asistí a una instrucción en la que le dibujaban en el Sabbat como si fuera un gran laurel negro, y otras veces como un gran Buey de bronce acostado por tierra, semejante a un buey real que se encuentre en reposo.

Todas las formas mencionadas testimonian que se muestra de formas muy diversas, y que toma la forma de varios animales para hacerse irreconocible y acomodarse a la comprensión de los que atrae a su campo y acuden a adorarlo.

En lo que respecta a la abjuración y adoración, la costumbre es, y nunca he conocido de ninguna experiencia contraria, que sea siempre un brujo o bruja el que presente a los que nunca han sido iniciados en el Sabbat, ya se trate de menores o de personas mayores, pues vi

a gentes que se habían hecho brujos, que se habían iniciado en la brujería a la edad de 20 y 22 años. Pero por lo general son brujas malvadas las que conducen a los niños que arrebatan de los brazos de sus padres, e incluso a veces los suyos propios. En cuanto a los niños extraños, una vez que les han pasado la mano por la cabeza o por el rostro, o les han dado a comer alguna manzana embrujada y drogada, o algún trozo de pan de mijo negro, quedan de inmediato tan confusos y desorientados, que no tienen defensa alguna contra la bruja. De manera que si no sobreviene un contratiempo insalvable, ella sale infaliblemente de noche en forma de gato a arrebatarse el niño de los brazos de sus padres, que son igualmente embrujados y dejados sin sentido mientras la bruja se encuentra en su habitación, y no se pueden despertar.

Ahora bien, este niño arde en deseos de ir, con tal que tenga la bruja a su lado, que lo saca en camisa de dormir fuera de la casa; si el niño está bien acompañado y trae consigo sus ropas, ella lo viste y después lo conduce en un instante al Sabbat, donde tiene la costumbre de decir, para presentarlo al Diablo: «Aquí tiene, Señor, el bello presente que le he traído, es un niño de buena familia que permanecerá eternamente a su servicio». El Diablo, agachando la cabeza a modo de gratificación, como queriendo testimoniar que el presente le es tanto más agradable por cuanto el niño es de buena cuna, simula asimismo que da a la bruja en recompensa la suma de diez escudos, a veces veinte, mientras la convida a que le traiga con frecuencia presentes similares. E inmediatamente le dice al niño que él es el Gran Señor, y que a partir de ese instante debe reconocerlo como su Señor Supremo, para lo cual debe renunciar y renegar de su Salvador, de la Virgen María, de los santos y santas, del Paraíso, del Bautismo, del Santo Crisma, del Cielo y de la Tierra, y especialmente de su padre confesor, padre y madre, padrino y madrina y demás parientes.

Conocí en aquellas tierras a gentes que nos aseguraron que el Diablo hace énfasis en que abjuren de San

Antonio, no sé si porque las pobres gentes sencillas, y a pesar de ello devotas, le encomiendan particularmente sus cerdos. Todo parece decir que Satanás quiere que renuncien a esta encomienda o ruego que hacen para que interceda ante Dios para que proteja su ganado.

Debemos señalar que una vez que han efectuado la mencionada abjuración, deben escoger nuevamente padrino y madrina, que deben ser diferentes a los del Bautismo legítimo, hasta el punto de que si una madrina presenta a su verdadero ahijado o ahijada en el Sabbat, debe encontrarle obligatoriamente una nueva madrina. Es necesario asimismo, señalar que el Diablo quiere imitar a la naturaleza del mismo modo en que se empeña en imitar al Dios Creador; y como dicen los jurisconsultos de la adopción, una chica vieja no puede presentarle a otra chica más vieja todavía.

La abjuración se hace de forma voluntaria y sin conocimiento, pues los niños están medio turbados y asustados, incluso los que tienen edad para poseer cierto discernimiento, como es generalmente el caso de los criados y sirvientes, que van allí por obligación, siguiendo a sus señores y señoras. Y me he dado cuenta de que a aquéllos que tienen cierta edad y acuden por su propia voluntad, con una opinión formada, si el Diablo piensa que no se descarriarán nunca, o muy difícilmente, los acaricia menos, considerándolos adictos y mejor sujetos que los chiquillos de buena cuna, a los que el esmero de los padres es capaz de hacerlos cambiar y arrancarlos de las garras de Satanás.

Corneille Brolic asegura que fue forzado a besarlo en el trasero; no sé si lo dice por modestia, pues se trata de un muchacho muy bello y amable, pero según cuenta dijo, en presencia del Diablo, que antes prefería morir, y afirma que sólo lo besó en el rostro. De hecho ha salido de esta abominación con tanto esfuerzo, que sentirá placer al oír hablar sobre su extraña carantoña cuando sentemos por escrito su deposición completa.

Pero el Diablo, para atraerlos con más facilidad a esta abjuración y falsa adoración, tiene la costumbre de obligarlos a que pongan la mano sobre un libro que contiene algunas escrituras oscuras, y después representa y hace que vean un abismo y una especie de mar enorme de agua negra, en la que finge que los va a precipitar si no renuncian con toda fogosidad y hacen todo lo que quiera; o bien les muestra un gran fuego similar al del Infierno.

Esa adoración a menudo se realiza de rodillas; y como en el Sabbat –según dicen los libros– todas las cosas son invertidas y se hacen al revés, a veces lo adoran inclinándose de espaldas a él, otras con los pies por delante, y después de haber alumbrado algún cirio de pez negra en el cuerno que tiene en medio de su cabeza, le hacen un execrable homenaje yendo a besarle el trasero, o la delantera, como ya he dicho anteriormente.

Sobre este particular hay que tener en cuenta algo que nos dijo una muy bella mujer de Ciboure, que ya no acudía al Sabbat, que nunca lo había besado desde que tenía edad para discernir, y que cuando la gente va a adorarlo queda a la discreción del Diablo si les presenta la delantera o el trasero, según le venga en gana, en dependencia de sus perniciosos propósitos y de cómo reconozca el buen o siniestro estado del que lo adora.

Una vez realizada esta abominable adoración, llevan de inmediato los niños al lado de otros que se encuentran a lo largo de un arroyo, pues el Sabbat siempre se hace cerca de un lago o de un arroyo, o bien de alguna charca, a fin de poder sacudir el agua para que salpique y provocar así las tormentas. Y una vez allí les dan una caña blanca y sapos para que los cuiden. Después de haber permanecido algún tiempo en ese estado, dependiendo de la edad, los ascienden a un grado más alto y son admitidos en el baile.

Janette Dabadie, joven de Ciboure de 16 años de edad, afirma que aunque eso sea lo corriente, la mencionada abjuración no se hace más que una vez, o dos

cuando las mujeres que llevaron en primer lugar a algún niño mueren y el Diablo les entrega o subroga alguna otra; o bien cuando al morir las brujas se encargan unas a otras que se ocupen de guiar a los que dejan en este mundo, a los que ellas solían conducir, obligándolas Satanás a que se ocupen de ellos para que no pierda los niños que alguna vez aquéllas le consiguieron. Asimismo declara que después de haberla obligado la primera vez a que hiciera esa abjuración lo más amplia posible, cada vez que acudía al Sabbat tenía que renovarla, y después iba a besarlo en el trasero. Sobre esto último añade algo importante, que muy a menudo le obligaba a besarle su trasero, más tarde el ombligo, luego el miembro viril y finalmente su trasero de nuevo.

Jeanne de Hortilopits, de 14 años de edad y vecina de Sara, inquirida sobre si había adorado al Diablo y si en esa adoración le había besado el trasero, responde que no, sino que fue el Diablo el que los besó a todos en el trasero –se trataba de entre doce y quince niños y niñas que habíamos conducido a Sara para que nos sirvieran de testigos, y que acudían todos los días al Sabbat– y que ésa era la costumbre en dicho lugar: que los mayores le besaran en el trasero y que, por el contrario, él bese el de los chiquillos.

Bertrand de Handuch, vecino de Sara de 10 años de edad, lo interpreta de otro modo –hasta qué punto se complace el Diablo diversificando todo lo que hace en el Sabbat– y afirma que en dicho lugar casi siempre hay un diablo grande y otro pequeño. Es asimismo, verosímil que este Gran Señor tenga varios demonios como satélites, que van y vienen trayendo y llevando a las brujas dentro y fuera del Sabbat. Prosigue diciendo que había besado al Diablo principal en el culo y que el pequeño diablo que estaba cerca del grande le había hecho lo mismo, le había besado a él en el trasero; que el culo del Gran Señor tenía un rostro detrás y que era ese rostro el que besaba, y no el culo propiamente. Miguel de Sahourspe nos decía otro tanto.

El Diablo se vale del beso en el Sabbat para burlarse de Dios y de sus más nobles criaturas. Y en lugar de que éste sea la comunicación de los espíritus, el lenguaje de los afectos, la palabra de los corazones, que da noticias al alma de su alma, el Diablo ha tomado para sí ese acto para burlarse, lo ha tomado de nuestras iglesias, en la que los sacerdotes y otros eclesiásticos dan el beso de paz a sus prelados. Además de que Satanás hace que se los den en partes tan obscenas que es absolutamente vergonzoso el solo hecho de referirlas.

Hemos podido ver cómo se representa el Diablo en el Sabbat, qué días y a qué horas acostumbra a convocarlo, y las execrables adoraciones que en él le hacen, que podrían incluso hacer apartar la vista a los propios diablos –y no solamente a las almas cristianas que tuvieran aunque sea sólo un poco de discernimiento– si pudieran hacerlo y desviarse ellos mismos de esa desgraciada senda que los conduce al abismo en el que su soberbia los ha precipitado.

Discurso II

Sobre la transportación de los brujos al Sabbat.

Saber si la transportación de los brujos al Sabbat es una fascinación, ensueño o ilusión del Diablo, o si bien acuden real, corporalmente a dicho lugar es una cuestión tan debatida por los doctores antiguos y modernos y por los jueces supremos de los tribunales parlamentarios, que me parece que hoy en día no se pueden tener dudas. No voy a adentrarme en ésta ni en ninguna otra cuestión de brujería, pues únicamente podría utilizar los mismos argumentos que ya aparecen en tantos buenos libros, de manera que me podrían acusar larga y justamente de plagio, además de que posiblemente no pudiera desenvolverme con tanto acierto y orden, y de que me vería continuamente obligado a citar y a compilar hojas enteras de esos autores. Por todo ello me obligo y comprometo a hablar solamente sobre lo que hayamos podido aprender durante los procesos que realizamos a los brujos, teniendo especialmente en cuenta a aquéllos que hicieron lo propio por haber sido como

nosotros jueces supremos en estos temas, como Remigius, Boguet y otros, así como al padre Del Río, al que toda clase de gente, con particularidad los eclesiásticos y los jueces, están obligados a considerar por haber tratado el tema a conciencia y habernos mostrado lo que la Iglesia cree al respecto, y en consecuencia lo que todo buen cristiano debe creer sobre algo que hasta ahora parecía tan incierto y dudoso. Nuestros procesos confirman su libro y creo que está en lo cierto cuando afirma que no ha conocido a nadie que haya satisfecho plenamente la curiosidad y las dudas de todo el mundo. No he encontrado a nadie –dice– que haya penetrado y descrito por completo todas las dudas sobre la magia y desentrañado todos los hilos de la brujería. Los filósofos, los jurisconsultos, los teólogos han hablado de ello, pero cada cual desde el punto de vista de su profesión y hasta donde ésta lo necesitaba, de forma que aun cuando muchos de su misma profesión quedaban satisfechos, los demás no lo estaban en absoluto. Quienquiera que pretenda tratar el tema con dignidad debe sentirse deudor con todo el mundo, en caso contrario debe abstenerse de hacerlo. Yo prometo el cultivo y la labor, pero sobre el fruto dejo que sean otros los que juzguen.

Hay varias cosas que los que escriban sobre la brujería deben evitar por ser contrarias a la fe y a las buenas costumbres, y de lectura reprobada y prohibida; otras que parecen ser triviales y de poca importancia, que hay que poner de relieve y ampliar; y finalmente otras que han sido resaltadas y editadas, pero sin método, de forma embrollada y con poca exactitud, que hay que expresar con más orden y claridad, y confirmarlas con más razones y testigos fidedignos.

Varios personajes célebres creyeron que la transportation de los brujos al Sabbat no era sino fascinación, ilusión o ensueño; entre ellos han querido incluir al mismo San Agustín, con el pretexto de que dijo que había visto a un sacerdote que cuando se untaba cierto ungüento caía por tierra sumido en éxtasis, como si el cuerpo se hubiera quedado sin alma, y que cuando volvía en

sí afirmaba que había visto muchas cosas extrañas y maravillosas, a pesar de no haberse movido del sitio. Tostat dijo lo mismo, que había algunas brujas en España que cuando se untaban cierto unguento caían como inanimadas, sin que los pinchazos ni torturas las pudieran despertar; y excitadas con ese adormecimiento decían que tenían la impresión de que se habían transportado muy lejos por el aire, que tenían alas y que habían visto lugares muy placenteros, a pesar de que no se hubieran desplazado en absoluto. Esta experiencia ha sido repetida con posterioridad por varias personas más, entre ellas por el señor Lagebaston, que al ver que las sectas de Lutero y de Calvino estaban algo en boga quiso, como primer presidente del Tribunal Parlamentario de Burdeos descubrir todo tipo de herejías e imposturas que el Diabolo iba sembrando a su paso y reglamentar sobre lo que debía juzgar y lo que debía creer ese Parlamento. Durante mucho tiempo nuestros padres vivieron en ese error basado en una experiencia mal hecha, siendo la causa de que no necesitaran condenar a los herejes a muerte, sino enviarlos simplemente a sus párrocos y Pastores, como si únicamente hubiera existido fascinación y falsa imaginación. Solamente me pesa que Del Río, después de haber situado en esa corriente a varios heréticos de los últimos cien años, como Lutero, Melanchton y otros, coloca dentro de la misma –hablando de los franceses– al señor Montaigne de quien, según se ha dicho, él mismo era en algún grado pariente por el lado de su madre, que era descendiente de la familia española de los López. Es esto algo que me asombra, pues después de sostener Del Río la tesis contraria, afirmando que la mencionada transportación se hace real y corporalmente, y de nombrar todo un pliego de filósofos, jurisconsultos y teólogos que son de esa misma opinión, que tiene por cierta e indubitable y del todo conforme al credo de la Iglesia católica, apostólica y romana, dice que ésa era asimismo, la opinión de Maldonat, y que él la había sacado de sus propios escritos. Ahora bien, Maldonat era el alma y el corazón del señor Montaigne, que lo consideraba tan competente que encontrándose am-

bos en Roma, cuando sostenía alguna opinión en asuntos de religión que no podía defender debidamente, escapaba diciendo que ésa era la opinión de su amigo íntimo, el padre Maldonat, creyéndole el más eminente teólogo de su tiempo y basando por completo su fe en las opiniones de éste. En honor a la verdad no dijo literalmente que Montaigne fuese herético, sino que Lutero y Melanchton no creían en la transportación real, y que varias personas, entre ellas Montaigne, prestaron atención a la opinión de esos dos heréticos.

Para sostener esa opinión errónea alegan el Concilio de Angoury –que con poco acierto Bodin y otros más llaman el Concilio de Aquila–, el *Canon Episcopi*, el parecer de San Agustín en *Lib de spiritu et anima*, capítulo 28 y la opinión de Navarrus.

Del Río les responde tan bien y tan extensamente, que su opinión es aprobada en la actualidad por todos los parlamentos. No hay que decir que habla como inquisidor y como quien, por ser súbdito del rey de España y seguidor suyo, en este asunto únicamente ha considerado y querido la aprobación de la Inquisición española. Aunque sus razones son tan fuertes, que siendo el credo de la Iglesia universal, no se puede ser hoy de otra opinión.

En el *Canon Episcopi* se responde diciendo que hay muchas cosas que el Diabolo no puede hacer por naturaleza, como dejarse ver sobre animales vivos, que por ser completamente terrestres no sabrían volar por el aire, ni tampoco recorrer en unos instantes tan largos trayectos; mucho menos ir a dar cabalgatas con Diana o con Herodías, puesto que no existe ninguna Diana que sea diosa, ni ninguna Herodías que salte dando botes y que se encuentre atormentada en el Infierno; y que no hay que reconocer otra esencia divina que no sea Dios, por lo que todos estos cuentos y aserciones son proposiciones heréticas. En cuanto a lo demás que aparece en este canon, dice que es defendible, por no sobrepasar las facultades de la naturaleza ni las fuerzas del Diabolo, de manera que no niega en absoluto que tales cosas pue-

dan ocurrir, sino únicamente que no hay que creer que eso ocurra todos los días, ni que ocurra como en las ilusiones de Diana o de Herodías, ni en esas circunstancias de ir allí cabalgando sobre una escoba o sobre un bastón, ni por la fuerza del ungüento con el que el Diablo engaña a las brujas. El canon acusa incuestionablemente de herejía a los que creen a estas brujas cuando aseguran que van al Sabbat por todos esos medios y envueltas en todas esas ilusiones y circunstancias.

En este canon se dice además que como el Ángel es incorpóreo, no puede mover de su sitio una cosa corporal y, por consiguiente, los demonios incorpóreos no pueden transportar al Sabbat a las brujas, que son corporales, ni transportarlas contra su voluntad, de modo infinito e indeterminado.

Pero la respuesta es que eso no le concierne al Ángel o Demonio Perverso, que no necesita que Dios le dé nuevas fuerzas, ni una facultad o fuerza peculiar. No es que el Ángel pueda mover con su sola voluntad e inteligencia un cuerpo de modo infinito e indeterminado cómo, cuándo y con tanta celeridad como quiera, algo que sólo corresponde a una fuerza infinita, a Dios solamente, pero puede mover y transportar un peso determinado y ajustado con toda la celeridad que la agilidad del Ángel y la naturaleza de la cosa que quiere transportar puedan permitir; con tal que la cosa que quiere mover esté presente y que los cuerpos estén pegados unos a otros; es como un viento impetuoso que empuja una pluma por el aire, que es necesario que finalmente deje de empujarla para que se pose y detenga en algún lugar.

Y según lo anterior resulta falsa la opinión de Remigius, que dijo que las transportaciones hechas por los ángeles buenos son tranquilas y sin dolor, mientras que la de los malos siempre son inquietas y están acompañadas de lasitud, de pavor y de peligro, pues si el Ángel o Demonio quiere moderar esta transportación hasta tal punto que la celeridad de éste no sea mayor que la fuerza del que es transportado, dicha transportación se efectuará no solamente sin dolor ni lasitud, pavor ni pe-

ligro, sino que por el contrario encontrará placer. He contemplado a un centenar de personas que confesaban que habían sido conducidas al Sabbat, ya por el Demonio, ya por las mujeres que los raptaban, a tanta velocidad y tan alto como pueda encontrarse la cima del monte Larrun en Laburdi, sintiendo únicamente placer y no violencia alguna, a pesar de que realizaron el viaje en un abrir y cerrar de ojos; sentían el mismo placer que experimentan comúnmente los niños cuando se sientan en un subibaja, uno en cada extremo, y van subiendo y bajando alternativamente, o el de los que se balancean en el columpio.

Estos autores utilizan aún otro argumento, y afirman que eso sólo les ocurre a las mujercitas y a los niños, a los que encuentran con el cuerpo tendido en los mismos lugares en que los dejaron, sin haber sido transportados a sitio alguno ni se hayan movido de lugar.

Y cuando se refieren al pobre Gascon, sobre el que Bodin dijo que mientras se encontraba como esclavo en Turquía fue colmado de tal modo de mandrágora y otras hierbas, que una vez que hubo caído en éxtasis, lo castraron como se hace con otros eunucos, que de este modo permanecen dormidos casi cuatro días, la respuesta que dan no es la que dieron Bodin y algunos más, que creyeron que durante esos éxtasis y adormecimientos, a cuya salida las brujas dicen que estuvieron en el Sabbat, las almas son raptadas y abandonan su cuerpo. Ellos aseguran que las almas nunca abandonan su domicilio hasta que llega la muerte, como explicaremos aquí más adelante.

Hay mucha más verosimilitud en la otra objeción, la de que existan algunas personas que sufren la ilusión que el Diablo les forma y, al quedar turbados, sepultados sus sentidos internos y externos, su fantasía maltrecha, el Diablo obtiene el poder, después de haber turbado de ese modo las facultades del alma, de persuadir a los brujos. Ocurre lo mismo que a algunos melancólicos o borrachos, que a veces ven cosas inexistentes.

Yo mismo confieso que me consta que algunas brujas creen haber estado en el Sabbat y visto allí ciertas cosas, a pesar de no haberse movido de su sitio, y de tratarse únicamente de una ilusión. Pero de ahí sólo se puede inferir que en ocasiones se equivocan y dicen que han estado en dicho lugar sin haberse movido del sitio. Y de eso no se puede concluir que siempre les ocurra lo mismo y que ni van ni han ido nunca corporalmente hasta allí, puesto que eso ocurre, y por diversas razones. La primera es que la mayoría de las veces Dios permite, a causa de nuestros pecados, que los convenios suscritos con el Diablo sean observados punto por punto, de forma que éste los transporta realmente en cuerpo y alma con el permiso de Dios. Sin embargo, algunas veces el Diablo impide las transportaciones, como ocurre cuando los jueces, empujados por alguna pernicioso curiosidad, pretenden realizar semejantes ensayos, para de esta forma confundirlos en la pena que deben imponer para semejante pecado, y prácticamente cegarlos. Y, no obstante, para que se crea que la transportación no es real, que se trata tan sólo de una ilusión, a veces deja el cuerpo de la bruja, no el cuerpo verdadero, sino una figura, un simulacro de éste. La otra razón es que cualquiera que sea el convenio y pacto expreso que el Diablo haya alcanzado con cualquier persona, lo rompe y viola con toda facilidad cuando ello le resulta útil. Ahora bien, la utilidad que saca dejándolos en el mismo lugar en vez de transportarlos cuando hace semejantes ensayos, le viene dada porque mediante esa estratagema persuade a los jueces de que la transportación no es real, impidiendo así la aplicación de la Justicia. Por el contrario, observa el pacto cuando piensa que de esa manera puede comprometer, vincular a más gente.

En resumen, las transportaciones se pueden hacer, y de hecho se hacen de cuatro maneras.

La primera, con la sola cogitación y pensamiento, lo que las Santas Escrituras llaman la transportación en espíritu, como lo fue la visión de Ezequiel.

La segunda, cuando los brujos van por su propio pie al Sabbat.

La tercera, cuando el Diablo los transporta realmente por el aire, en movimiento local determinado según el cuerpo y el lugar.

El cuarto se efectúa de tal manera que ni ellos mismos saben si han sido transportados corporalmente o por ilusión, como ocurrió con el encantamiento de San Pablo, que dijo que no se atrevería a asegurar si había sido encantado en cuerpo y alma, o solamente en espíritu, de manera que cuando las brujas no quieren ir al Sabbat más que en ensueño se acuestan del lado izquierdo, y cuando se despiertan el Diablo hace que vomiten por la boca un vapor espeso en el que ven todo lo que allí ocurre, como si lo estuvieran viendo en un espejo.

Cuando, en cambio, las brujas quieren ser transportadas realmente, se untan con cierto unguento, sobre el que hablaremos a continuación, hecho con grasa de algún niño de corta edad.

Otros autores han sostenido, y no sin tener razón aparente, que las brujas insignes eran primeramente sumidas en éxtasis por medio de unguentos, hierbas o fumigaciones que les aturdían los sentidos y hacían que durante su encantamiento vieran todo lo que ocurría en el Sabbat, o algo parecido a un Sabbat, produciéndoles el mismo efecto que la hierba cohoba a los indios de la isla Española. Después de un sueño violento y forzado se despiertan y cuentan maravillas. Ahora bien, una vez que el Diablo les ha representado varias veces el Sabbat en ensoñaciones durante sus encantamientos y éxtasis, las conduce después allí corporalmente con toda facilidad, manteniéndolas algunas veces en la duda de si van por ilusión o de manera real, a fin de que no lo puedan descubrir. Y no hay ninguna necesidad de ponerse a debatir si eso ocurre de noche o de día, pues esa duda ha hecho cuestionar la realidad del Sabbat y de la transportación hasta el mismo. A decir verdad, parece que antiguamente el Diablo solía hacer la transportación

únicamente mientras se dormía, pues tan sólo buscaba distraer la vigilancia para sorprender el espíritu y el cuerpo, y llevarlos a la perdición; pero ahora se ha vuelto tan astuto que celebra sus reuniones tanto de día como de noche, haciendo que surjan tinieblas en pleno día, y de las tinieblas el día, o al menos cierta claridad transparente.

Así pues, lo cierto es que a veces las brujas acuden al Sabbat en ensueño y por ilusión, pero que también acuden en otras ocasiones de forma real. Y existen otras razones y otras experiencias que confirman esas razones, que nos demuestran con toda claridad que eso es así.

En primer lugar, las Santas Escrituras, velando por nuestra salud, prohíben todo aquello que nos pueda conducir al sortilegio, todas las experiencias que nos dirijan a la brujería, y todo aquello de lo que el Diabolo, los hechiceros y brujos se han valido habitualmente para adiestrarnos en ese infortunio. Además las propias Santas Escrituras prohíben asimismo a todo el mundo tener trato, valerse o servirse de los hechiceros, adivinos y brujos.

En segundo lugar, hay una infinidad de ejemplos en nuestros procesos, de personas que una vez conducidas al Sabbat, fueron brutalmente golpeadas por pronunciar casualmente el nombre de Jesús, quedando solas –por haber desaparecido toda la asamblea– en un lugar completamente salvaje y alejado de sus casas.

En tercer lugar, esas asambleas se han disipado con frecuencia, tanto porque profieren el nombre de Jesús, porque se escucha el canto de un gallo de manera sorpresiva, como por los designios de varios exactos inquisidores y virtuosos jueces que, utilizando objetos santos, han incomodado y turbado al Diabolo en los Sabbats. Pero al mismo tiempo que se disipaban, fueron encontradas las mesas puestas, con la vajilla de plata que las brujas habían pedido prestada o traído de su casa para el festín. Y una de nuestras brujas declaraba que presen-

ció cómo celebraba una forma de misa primera al prior Bocal en el Sabbat de Ciboure, en la que se hizo una colecta de dinero auténtico que fue donada y llevada a la madre del mencionado Bocal. Ese dinero fue donado en el Sabbat, y no en ensueño ni por ilusión.

Detsail y varios más que no quiero nombrar, procesados por brujería, están acusados y convictos de llevar el cepillo de las ofrendas en el Sabbat, en las que la gente da dinero que trae de su casa. Algunos mantienen que el mencionado Detsail, una vez recogido el dinero lo empleaba para defender la causa de los brujos, mientras otros aseguran que lo hacía para sus propios fines, a pesar de ser una de las personas más ricas de su parroquia.

En cuarto lugar, una bruja insigne llamada Necato, que tenía la costumbre de llevar al Sabbat a una muchacha de 14 años cumplidos, llamada Marie de Gastagnalde, confesó ante nosotros que había conducido al Sabbat a dicha Gastagnalde una noche muy señalada, y una vez allí la había golpeado por haber descubierto muchas cosas más de las que ella quería. A pesar de que cuando confiesan siempre callan cosas, la muchacha lo confesó igualmente, y otros dos testigos, Cristoval y Aspillevra, de 15 y 16 años, sostuvieron frente a la bruja que habían visto cómo la golpeaba. Sería asombroso que los cuatro estuviesen de acuerdo en el lugar, el día y en los golpes, así como en todas las demás circunstancias del Sabbat y que, sin embargo, todo hubiera sido una ilusión. Al menos sé bien cómo la muchacha se quejaba con fuerza de los golpes; quizás si los otros tres testigos no hubiesen estado de acuerdo con ella en que había sido golpeada en el Sabbat, o si lo hubiera dicho ella sola, se hubiera podido decir que el Diabolo la había golpeado en su cama mientras dormía. Además de lo anterior Necato dijo que una noche fue transportada hacia la costa de Hendaya, donde tuvo lugar un pequeño Sabbat en el que compareció Detsail, encargado del cepillo del mismo, que a pesar de encontrarse entonces preso en virtud de un decreto nuestro, la había golpeado con dureza por haberlo acusado. Sobre este asunto

tenemos que tener particularmente en cuenta que el señor Laurent de Moisset, abogado en el Tribunal Parlamentario de Burdeos, que asistía junto a nosotros al juicio de dichas brujas en Bayona, mientras se dirigía hacia la costa de Hendaya se encontró con dos mujeres que le dijeron que aun cuando Detsail se encontraba preso, había asistido la noche anterior al Sabbat, donde golpeó con saña a la citada Necato, a la que las dos muchachas, que no eran brujas pero sí vecinas de Hendaya, y vivían muy cerca del lugar en que se celebró el Sabbat, desde donde la habían podido reconocer por la voz. Quisimos aclarar este punto, y la mencionada Necato, que ya nos lo había confesado anteriormente, agobiada a preguntas, nos dijo nuevamente que fue transportada a ese Sabbat, y que una vez allí Detsail la golpeó salvajemente. Hicimos venir a Detsail y delante de él mantuvo la declaración, así como que siempre le había visto pasar el cepillo.

En quinto lugar, hemos oído a una infinidad de brujas y testigos que afirman que han tenido que pagar las incomparecencias cuando no han acudido al Sabbat, ya medio cuarto de escudo cada vez, ya diez sueldos. Conocemos a los recaudadores de algunas parroquias, a los que algunos les pagaron con dinero, mientras que otros que no tenían dinero les dieron prendas a cambio de una demora para pagar. Y nos parece muy verosímil lo que algunas personas afirman, que el Diablo dio a una bruja un demonio que le servía como marido y que estaba obligado a anunciarla todos los Sabbats, ordinarios y extraordinarios que tuvieran lugar. Si la bruja tenía un pretexto pertinente para no acudir, era excusada por esa vez, a condición de que permaneciera en la vivienda triste y melancólica por haber cometido la falta; y si la excusa no era pertinente, era salvajemente golpeada. Además, durante todo el tiempo en que ella no acudía era continuamente turbada y atormentada, y todo lo que intentaba hacer se perdía o estropeaba nada más comenzar. De manera que finalmente se veía obligada a confesar que su falta había sido voluntaria, que en cierto

modo su intención había sido liberarse de su deber, y se comprometía mediante juramento a no faltar más, aunque el Diablo, para más seguridad, y para que cumpliera con su obligación, en cuanto se acercaba la noche le enviaba un pequeño demonio, que en cuanto la llamaba con voz varonil e incontinente la bruja se untaba y salía al umbral de su puerta, encontrando infaliblemente ante la misma un macho cabrío que la esperaba y en el que, una vez montada, se iba a toda prisa. Pero esto ocurre solamente con aquellas brujas por las que el Diablo siente cierta aprehensión, porque todavía mantienen algún pequeño vínculo con Dios, pues la mayoría de las brujas insignes sabe cuales son los días en que hay que acudir al Sabbat. Por eso no se untan los demás días. Las brujas son avisadas unas veces por algún pequeño demonio y otras por el zumbido de la tropa que acompaña a la reina del Sabbat por el aire.

Una mujer de Biarritz de 40 años de edad nos habló del Sabbat llorando tan amargamente como jamás vi a criatura alguna, todo lo contrario de las demás brujas impenitentes, que aseguran que no lloran nunca, o muy raramente, experiencia que hemos visto en las brujas insignes, a la que los propios tormentos las hacen más bien reír que llorar. Esta mujer nos dijo que había sido transportada al Sabbat, donde el Diablo, al que llamaba en gascón *lou Peccat*, le hacía ver cosas extrañas, completamente opuestas a las normales, y casi *contra natura*. Y nos dijo con grandes lágrimas y reiteradas exclamaciones, golpeándose la cabeza contra la mesa en la que escuchábamos su audición, que el que nunca hubiera visto ni deseado ver un Sabbat, a *lou Peccat* ni cosas semejantes, era ciertamente muy dichoso, a lo que añadió a continuación que antes que acudir al mismo prefería pagar las incomparencias (por cada una de las cuales pagaba ocho sueldos a una mujer). Posteriormente encontramos en nuestras instrucciones el nombre de quien cobraba estas incomparencias en Ciboure. En Labastida, en la Baja Navarra, en 1610 vieron a un brujo que discutía en la plaza pública el pago de las mismas con un

joven, al que exigía ocho sueldos, mientras que éste sólo le ofrecía cinco; cuando los presentes quisieron saber a qué se referían esos números ocho y cinco, el joven confesó finalmente que ese brujo, que era el encargado de recaudar los pagos por incomparencias, había tomado nota de una incomparencia suya al Sabbat, por lo que le quería forzar a pagar ocho sueldos, que era el precio habitual, y que le estaba maltratando de esa manera porque él no quería pagarle más que cinco sueldos, que era todo lo que tenía. Al escuchar la respuesta el brujo fue detenido, y a esto le añadieron otros maleficios que confesó, algunos voluntariamente y otros bajo tortura, confesando en el suplicio que había sido nominado en el Sabbat para desarrollar esa noble función, siendo por todo ello condenado a muerte y quemado.

Marie De La Ralde, de 28 años, confiesa que ha frecuentado los Sabbats desde que Marissans la condujo allí por primera vez cuando tenía 10 años; que continuó acompañándola hasta su muerte, que desde entonces el propio Diablo la lleva algunas veces, pero que otras eran las vecinas las que se llamaban una a otra; que lo común entre las grandes brujas es que toda la vecindad se avise para ir y venir juntas, real y corporalmente por su propio pie, sin dormirse, sin ensueño ni ilusión. Dice también que iban a pie tan aprisa como si hubiesen volado por el aire y que llegaban en un instante; que hace aproximadamente cinco años que le puso remedio, sirviéndose de los sufragios de la Iglesia, a donde iba experimentando un maravilloso placer cuando el Diablo o sus vecinas venían a sermonearla; que tiene encadenada la voluntad de todos los que han ido allí una o dos veces hasta tal punto que difícilmente deja que se aloje en su entendimiento un deseo más fuerte y violento que el suyo; aseguró que oyó cómo algunas brujas se vanagloriaban en el Sabbat de haber sido transportadas de San Juan de Luz y Ciboure, de donde ella era, hasta Terranova, donde se columpiaban en lo alto del mástil de un navío, sin atreverse a entrar en él porque había sido bendecido, y que desde allí tiraban polvos e infectaban

con veneno todo lo que esos pobres marineros habían puesto a secar a la orilla del mar. Sin embargo, hay algunas personas que asisten al Sabbat que nunca han sido utilizadas para realizar actividad alguna, permaneciendo simplemente como espectadores.

Jannette de Abadie, de Ciboure, de 16 años de edad, declara que hace casi cuatro años que fue transportada por primera vez al Sabbat por una tal Gratiane, que pronto hará tres meses que hace vela en la iglesia junto a varias personas más, durmiendo de día; que el domingo 13 de septiembre de 1609, mientras celebraban la misa y ella se encontraba durmiendo en su casa, el Diablo vino a quitarle del cuello un objeto que llevaba contra la fascinación y se lo tiró en el umbral de la puerta, tras lo que la llevó por su propio pie hasta el Sabbat en pleno día; y asegura que ya en otra ocasión la había conducido allí de día. Como su deposición merece por su extrañeza ser analizada en su conjunto, no voy a decir por ahora nada más al respecto.

Afirma que durante el apareamiento ha visto y experimentado en el Sabbat muy a menudo que el semen del Diablo es frío, pero que el de los otros hombres es natural; que se ha apareado allí con él, así como con otros hombres incontables veces, y que nunca lo ha hecho fuera del mismo, lo que confirma magníficamente cuál es la realidad del Sabbat.

Prosigue diciendo que en el Sabbat vio numerosas veces al pequeño ciego de Ciboure, que tocaba la flauta y el tamboril, algo que nos han confirmado muchas personas más. También nos dice que vio muchas veces cómo fabricaban venenos que eran distribuidos entre las brujas insignes, como hacen con los polvos. El veneno no se fabrica en las casas particulares, sino en el Sabbat; y se hace, se da y se emplea no como ilusión, sino de forma real y cierta.

Declara que un tal Anduitse de Ciboure es el que entrega en esta parroquia los emplazamientos para comparecer en el Sabbat. Afirma que ha sido transportada muy

a menudo por el aire a Terranova por la ya mencionada Gratiane, que era la que solía acompañarla al Sabbat; que hace unos seis meses, aproximadamente en abril de 1609, fue conducida hasta allí desde el Sabbat de Ciboure junto a varias brujas más, y que regresaron enseguida; que el Diablo las transportó a todas a la vez; que en Terranova vio a brujas que habían sido transportadas desde casi todas las parroquias de Laburdi; que iban allá a azuzar tormentas y tempestades para que naufragaran barcos, provocando concretamente que se hundiera el barco de Marticot de Miguel Chorena de Ciboure, que como era igualmente brujo, ayudó él mismo a su pérdida, lo que al comprobarse posteriormente que era cierto –pues este barco se perdió más o menos en aquel tiempo– demuestra claramente la transportación de las brujas que fueron a azuzar la tempestad.

También declara que fue golpeada en el Sabbat real y corporalmente por dos brujas a las que nombra.

Marguerite, hija de Sara de unos 16 o 17 años de edad, aunque vecina de Saint Pée, dice que cuando falleció en la prisión de Burdeos una mujer de Sara procesada por brujería, que la había hecho bruja y que la conducía al Sabbat, la recomendó a otra mujer antes de su partida –pues una vez que han hecho una adquisición de algún niño o niña al Diablo se esmeran en conservárselo–, siendo ella la que siempre la ha conducido y transportado con posterioridad al Sabbat.

Encontramos aquí un aspecto que hay que analizar con atención, pues en él existe alguna cábala del Diablo, ya que aunque la bruja viva en Saint Pée, y a pesar de que el Diablo realice el Sabbat en casi todas las casas de las brujas de Saint Pée, en el cementerio de la iglesia, en la plaza del castillo del señor de Amou y en otros lugares, no quiere que esta muchacha acuda al Sabbat en la parroquia de Saint Pée en la que vive, sino en la de Sara, de la que es nativa. Para aclarar este respecto, mandamos venir a quince testigos que acudían al Sabbat casi todas las noches –todos ellos están incluidos en la instrucción de Saint Pée– que nos confesaron con toda in-

genuidad que nunca la habían visto en dicho Sabbat de Saint Pée. De ello debemos asimismo concluir que la transportación es real, que siempre la efectúa la misma bruja, que hasta que muere lleva siempre a un mismo niño y que cuando fallece lo subroga a otra, a aquélla que sea de más confianza, tanto para ella como para el Diablo.

Todo esto se confirma por la deposición de Catherine de Arreiouaque de Ascain, de entre 14 y 15 años de edad, que tenía el hábito de velar junto a varios niños y niñas para no ser sorprendida mientras dormía. Su padre, al saber que la bruja que se la quería llevar había sido ejecutada, le dijo que podía volver tranquilamente a dormir a su casa, pero desde esa primera noche otra mujer, a la que nombra, vino a buscarla y la condujo al Sabbat, a donde todavía seguía llevándola en la época en que le instruíamos el proceso. El Diablo deseaba un mal extremo para esta muchacha, porque al estar dotada de un maravilloso espíritu constituía uno de nuestros mejores testigos y era la que con más seguridad hablaba en el proceso de Ascain.

Ahora bien, si el transporte no fuera real, ¿cómo sería posible que dos mil niños de Laburdi, que han sido presentados en el Sabbat al Diablo por mujeres a las que designan con sus nombres y apodos, la mayoría de las cuales han sido condenadas a muerte y ejecutadas por brujas, y las restantes se encuentran en capilla, describieran esta transportación sin la menor variación, ni confundir a una por otra? ¿Cómo podría ser que ellas mismas, o al menos la mayor parte, así lo confesaran? Porque confiesan haberlos presentado al Diablo, obligado a renunciar al Salvador, haberlos marcado con el signo del Diablo; confiesan que brujas y testigos se encuentran marcados con un símbolo imperceptible, además de mil particularidades más. Y no son solamente los niños los que confiesan; también lo hacen mujeres de 40 y 50 años.

Una bruja de Villafranca de 48 años de edad, mujer, tan juiciosa y serena, que hablaba con tanta moralidad

como nunca había visto, nos confesó sin variar nada, perseverando en la tortura y el suplicio, como si la brujería estuviera en ella –como su modestia me hacía creer– más por desgracia que por su voluntad, que conducía y transportaba al Sabbat a otra joven mujer de 24 años. Y nos dijo que otra mujer a la que nombró le había regalado dos manzanas y que le dio después de algunos años tanta familiaridad con el Diablo, que era ella la que le conducía al Sabbat. Fue encontrada de raza tan infecta que su padre fue ejecutado por brujo con cerca de 80 años, su madre se encuentra en prisión en esta ciudad de Burdeos, y tanto ella como la muchacha de 24 años han pasado el Rubicón, por haber confesado varios maleficios, entre los que figuraba el que conducía y transportaba las noches habituales de Sabbat a su propio hijo hasta el mismo.

Marie Dindarre, de Sara y de 17 años, dice que cuando acude al Sabbat lo hace a solas con el Diablo, que la lleva por aire, o bien llama a sus vecinas para ir con ellas. Y cuando va sola con el Diablo, éste le da un ungüento; una vez que se ha embadurnado con él, bien desnuda o bien untándose simplemente sobre su ropa, marcha por el aire incontinente. No obstante, cuando llega al Sabbat sus vestidos están limpios, sin que se vea en ellos ni grasa ni suciedad.

Simulamos dejarla que saliera, pero invitándola a que lo hiciera por aire, a lo que respondió que si tuviera dicho ungüento lo haría delante de nosotros sin ninguna dificultad. Entonces le pedimos que si acudía esa noche al Sabbat que guardara un poco y que no se olvidara de traerlo, ante lo que adujo que las brujas no querrían dárselo porque se odiaban a muerte. Aquella noche acudió al Sabbat, pero nos dijo que el Diablo no le quiso dar el ungüento porque sabía que había revelado todo lo que se hacía en esas asambleas y que además le preguntó entre otras cosas si no había renegado de él. A continuación nos declaró una cosa increíble, que aquella noche el Diablo fue a abrir una ventana a dieciséis testigos de la parroquia de Sara que dormían todos juntos justo en-

cima de nuestra habitación, porque a esta pobre gente les parecía que estaban más seguros en nuestro hotel que en ningún otro lugar. Asimismo declaró que más tarde fueron conducidos al Sabbat por las brujas que lo hacían habitualmente, uno detrás de otro, en fila. Todo esto fue a su vez confesado por todos ellos, con una sola excepción, que sostenía con firmeza y mucho ímpetu que no había estado, lo que fue corroborado cuando los demás testigos ratificaron que no lo habían visto en aquel lugar.

Con esta bruja me informé con particular atención sobre si se podía ser conducido o transportado al Sabbat permaneciendo en vela. Y para penetrar en este aspecto notable de la brujería, me vino muy a propósito que la señora de Chantocorena sostuviera que la había visto en el Sabbat celebrado la noche del 28 de septiembre de 1609, lo que ella dice ser notoriamente falso, puesto que se había mantenido en vela toda la noche. Lo cierto es que nuestros prisioneros se esforzaban en no dormir mientras les hacían las comprobaciones y confrontaciones para persuadirnos y darnos la casi plena seguridad de que no habían estado allí, porque la mayor parte de los testigos mantenían que a pesar de que estuvieran presas no habían dejado de irlos a buscar y de transportarlos al Sabbat. En la explicación que esta bruja nos dio nos dijo que era cierto que a dicho lugar nunca iba nadie que no se hubiera dormido; por esa razón –decía– se vela en las iglesias y otros lugares, pero que es suficiente con cerrar tan sólo un ojo para ser transportado en ese mismo instante. Y cuando nos dicen que las brujas acuden allí sin dormir y advirtiéndose unas a otras, eso quiere decir que como saben desde la tarde anterior que tienen que acudir esa noche, se avisan entre sí desde esa misma tarde y van a acostarse para levantarse posteriormente para acudir al Sabbat, cada cual a su manera, algunas veces solas, otras acompañadas por el Diabolo, otras con varias vecinas. Parece que lo que quiere decir –pues siempre esconden alguna cosa, nunca quieren decirlo todo, ni siquiera aquéllas que están en

vías de retractarse y abandonar al Diablo— es que nunca se va allí sin haberse dormido, pero que a pesar de eso se despiertan más tarde y acuden sin estar dormidos, solos o acompañados, completamente despabilados y por lo mismo de manera real y no por ilusión, de cualquier forma que se mire, aunque parezca, (ya que tantos niños trasnochan para no ir al Sabbat), que el Diablo no los puede sorprender si no duermen, y por consiguiente que nunca son transportados mientras velan. Pero lo cierto es que esto es válido para los niños, que todavía no están confirmados en la brujería y pueden defenderse de la misma tanto velando como por otros medios, pero no para las brujas viejas e insignes, que por el contrario no necesitan dormir ni unirse para ir al Sabbat, a donde acuden sin ser forzadas, por su plena y franca voluntad, como nos testimoniaron una infinidad de ellas. Nos aseguraron que durante las noches de verano se quedaban diez o doce en la calle para velar y pasar el tiempo juntas, hasta que a eso de las once, cuando se aproximaba la hora, todas ellas simulaban que se retiraban a sus casas. Sin embargo, las que debían ir al Sabbat no entraban en las mismas, sino que iban juntas al Sabbat. Tampoco parece que haya que darse grasa ni unirse para acudir a un Sabbat que se efectúe cerca, como ocurre en Ascain, en la plaza, en la que varias brujas tienen su propia casa; en Saint Pée; o en San Juan de Luz y Ciboure. Tampoco en este caso se puede tratar de una ilusión, se mire como se mire, puesto que acuden sin dormir. También nos parece imposible que puedan ser transportadas a Terranova o a algún otro lugar tan lejano en un abrir y cerrar de ojos, como decía Dindarre, pues aunque el Diablo las transporte en un instante, es necesario que pase el tiempo con cierta proporción entre la distancia existente entre la persona que quiere transportar y los lugares a los que va, y no podría transportar en un parpadeo a una bruja a un Sabbat que tuviera lugar en el fin del mundo.

Existe otra razón por la que las brujas dicen que nunca van allí sin dormir, y es que piensan que de esa ma-

nera pueden excusarse, dando a entender que sólo se acude mientras se está durmiendo, y por lo tanto en ensueño, por ilusión y a la fuerza, porque nadie es dueño de sus sueños. Esto únicamente lo dicen *in articulo mortis* para excusar a sus parientes, pues hasta ese momento siempre sostienen que han estado allí en cuerpo y alma, como de hecho hacía Dindarre, que fue condenada a muerte y ejecutada basándose en su confesión y en la de ocho testigos oculares, (particularmente por la confesión de que había conducido tres niños al Sabbat y que una vez allí les había obligado a renegar de su Creador y a adorar al Diablo, así como por haber dejado estamparse su marca).

Hay una cosa en la que todos los autores modernos –principalmente los que por poseer experiencia con una infinidad de brujas a las que han procesado, están mejor instruidos– se ponen de acuerdo, y es en esa resolución común de que a veces se acude al Sabbat en ensueño y por ilusión, y otras en cuerpo y alma; y que se va en vela y no mientras se está durmiendo, incluso cuando se renuncia y reniega del Salvador y cuando se está marcado por una señal insensible y visible, que llevan casi todas las brujas, así como los niños que éstas han presentado al Diablo.

En cuanto a las brujas que quedan insensibles y como extasiadas, es verosímil que a veces viajen por ilusión, por las razones que ya hemos citado anteriormente. Pero aunque a veces no se muevan del sitio, o para decirlo mejor, parezca que no se muevan de donde las vemos, acuden no obstante al Sabbat, de manera real y corporal, mientras el Diablo coloca en su lugar un fantasma absolutamente igual a ellas; y no, como dijo Bodin, que cuando las brujas entran en éxtasis su alma se separa de su cuerpo por medios diabólicos, mientras el cuerpo permanece insensible y estupefacto; pues el alma nunca abandona su domicilio hasta la muerte.

Sobre este particular recibimos una declaración notable: una muchacha de Ascaín de nombre Dojartzabal, de 15 o 16 años de edad, mantuvo ante una de nuestras pri-

sioneras, posteriormente ejecutada, que la había conducido al Sabbat la noche anterior a la confrontación. La bruja respondió que eso era evidentemente falso porque ella no era bruja, y aunque lo fuera, la muchacha se encontraba presa y encadenada con gruesos grilletes en los pies, además de haber sido velada por varias personas que no la habían perdido de vista en ningún momento; amén de que se acostaba cerca de su madre, que no se había percatado de nada anormal a pesar de que, como sospechaba que podían transportarla, la velaba y la hablaba continuamente. La muchacha le respondió que lo que había declarado era cierto y que la había venido a buscar esa noche a su cama en forma de gato, y que las brujas no dejan de conducir a los niños y jóvenes que han embrujado y engatusado aunque se encuentren prisioneras, del mismo modo que si estuvieran en completa libertad. Luego aseguró que si bien el Diablo no puede sacarlas absolutamente de prisión y arrancarlas completamente de las manos de la Justicia, sin embargo, sí puede sacarlas para conducir las al Sabbat, aunque esté obligado a regresarlas; y durante ese tiempo las utiliza para no perder sus presas, a las que va a consolar a la cárcel, a atenderlas, e incluso a aparearse allí con ellas.

Todo lo anterior no obsta para que su madre la vele, la aprecie al tacto y la interrogue continuamente sin encontrar nada anormal, pues la hija nos dijo que como Satanás la quería apartar de su madre de manera sutil, hacía que la bruja la raptara de la manera habitual, poniendo en su lugar una figura absolutamente igual a ella, para que su madre no se diera cuenta de nada. De esta manera si su madre la tocaba, encontraba ese cuerpo fantástico que respondía a todo lo que pudiera preguntar. Posteriormente el Diablo se le acercaba en el Sabbat para informarle de todo lo que había ocurrido durante su ausencia, para no verse sorprendida y para que pareciera que no se había movido de su cama, tras lo cual la conducía junto a su bruja. Cuando regresaba a su cama encontraba su figura, que todavía ocupaba su lugar al lado de su madre, sin que se moviera nunca de allí hasta

el instante en que ella se metía en la cama, y entonces no de golpe, sino que a medida que los miembros de su cuerpo iban ocupando su lugar, la mencionada figura cedía su sitio a ese único miembro; si los pies se colocaban los primeros, y la cabeza y todo el resto del cuerpo permanecía fuera, tan sólo se desvanecían los pies de la figura, y así sucesivamente.

Sobre esto da cuenta con más formalidad aún este otro ejemplo. El dueño de la casa Joanissena, como sospechaba que su sirvienta era bruja y ella lo negaba, tomó la decisión de velar toda una noche. En una ocasión en que debía acudir al Sabbat la ató con fuerza a su pierna mientras se encontraba cerca del fuego, y en cuanto hacía el menor ademán de dormirse la despertaba con rudeza. Aún así, el Diabolo engañó al señor, pues ella acudió al Sabbat, cosa que confesó, dando todos los pormenores ocurridos en él, que fueron confirmados por una infinidad de testigos que habían acudido igualmente.

Por lo tanto, no debemos creer que aun cuando el cuerpo parezca que no se haya movido de su sitio, permanezca insensible, y que a pesar de ello cuente todo lo que ocurrió en el Sabbat, se trate de una licencia del alma, que ésta haya abandonado ni siquiera por un instante el cuerpo y estemos ante una especie de muerte fugitiva. Las transportaciones no se pueden realizar únicamente con el alma, sin el cuerpo, sino que el Diabolo transporta a los brujos en cuerpo y alma, y si bien el cuerpo simula permanecer ante nosotros, lo que el Diabolo nos deja ver es un simulacro de cuerpo, y ésa es la causa por la que cuesta tanto despertarlos, porque no es el verdadero cuerpo. Si el alma saliera a pasearse sola para asistir al Sabbat, informarse y traer las novedades del mismo, no podría entrar de nuevo en su domicilio, ni llamar nuevamente a su cuerpo, pues con ese abandono del cuerpo haría cesión de bienes y de vida, sin poderse quejar en ningún caso por esa privación, por ser la resurrección una obra de la pura divinidad, que está más allá del poder de los ángeles, sean buenos o malos. Las brujas que confiesan describen los lugares

en que se efectuó el Sabbat: las plazas, los árboles, los brebajes, los ríos, los campos, las casas, el orden de los festines, las carnes; si los comensales se cubren la cara los reconocen, y conocen particularmente y nombran a los que se han encontrado por el camino, a los que en algunas ocasiones han saludado y hablado con ellos. Mucha gente de bien se las encuentra durante sus idas y venidas; a veces se las ha visto descender de las nubes completamente desnudas y lastimadas, regresando de los Sabbats en algunas ocasiones tan agotadas por esta transportación, que permanecen varios días en la cama.

Además de que todos los brujos y brujas, los niños y niñas de tierna edad que están fuera de esta abominación, pero que sin embargo llevan el signo del Diablo, una marca insensible que testimonia con toda certeza que han estado en el Sabbat, están de acuerdo en este punto –y están de acuerdo hasta en los pormenores–; algunos brujos lo han confesado cuando estaban a punto de ser introducidos en el fuego, cuando encubrir la verdad no les producía ningún beneficio.

Ahora bien, dejando de lado las cosas vanas e ilusorias, no se podría encontrar una misma, concordante y tan segura contestación, ni tan gran consenso entre naciones, lugares, tiempos, edades y voluntades tan contrarias, tan enemigas y tan alejadas. Pues la manera de actuar de cada uno es exclusiva, y cada cual se imagina cosas diversas, porque el cerebro y la fantasía son completamente diferentes en cada persona, y éstas serían las forjas que Satanás necesitaría para construir las mismas imágenes o hacer ver las mismas cosas. Ni la mentira ni todas esas ideas más o menos grotescas podrían encontrar tanta unanimidad, las brujas no tienen poder para crear todas esas fantasías, ni pueden soñarlas y abandonarlas cuando les parezca bien.

A lo anterior debemos añadir que la Iglesia católica, apostólica y romana, que no puede errar, los condenó a muerte. Ahora bien, erraría gravemente en actuar de forma tan severa si únicamente fueran brujos y criminales en sueños. Por lo tanto, hay que inferir obligatoriamente

que cualquiera que crea que las transportaciones son tan sólo seducciones, ensueños e ilusiones, peca contra la Iglesia, que no castiga crímenes inciertos, ocultos y no manifiestos, y no castiga –como hacen los heréticos– más que aquéllos que son reales y no cometidos, por ilusión. Y los Parlamentos, que poseen en la actualidad más conocimiento, certeza y experiencia que en tiempos del *Canon Episcopi*, cuando la brujería no era tan común ni frecuente, hoy día no tienen ninguna dificultad para entenderlo así.

En este Parlamento existen una infinidad de ejemplos, pero hay dos notables: uno, el de esa bruja de la que habla el señor Raymond y todos los libros posteriores a él, a cuyo juicio asistí, que fue condenada a muerte sin que existiera maleficio alguno, por haber hecho un pacto con Satanás, por haberse consagrado a él y haber tolerado que la conociera carnalmente, de manera que como suya la transportó al Sabbat que se celebró en la cima del monte Dôme en Perigord; y el otro, el de un joven de 25 años llamado Isaac de Queiran, nativo de Nerac y de religión pretendidamente reformista, criado y educado en ella, sirve para demostrar que el Diabolo tiene la mirada puesta en todas las religiones –de lo que da testimonio el hecho de que el mayor seminario de brujas haya estado desde siempre en Ginebra–. Este joven fue condenado a muerte en 1609, a pesar de que no existía ningún testigo, basándose en su simple confesión, aunque sí un maleficio aparente, el de haber dado a un niño de muy buena familia alguna droga en una avellana, con la que la lengua se le trabó de tal manera que quedó prácticamente mudo, y permaneció una buena temporada al borde de la muerte. Ahora bien, entre otras cosas facilitó al Tribunal tanta información sobre la realidad de la transportación, que es imposible encontrar un ejemplo tan formal en todos los libros que abordan este tema. Explica que una vez que hubo dejado el servicio del padre de ese niño y se encontraba sirviendo en la casa de otro señor en la ciudad de Burdeos, fue en plena medianoche a casa de su primer señor, subió al

tejado, descendió por la chimenea, alumbró un cirio en la habitación y estudió la mejor manera de depositar su droga en la boca de la señorita dueña de la casa, pero cuando vio que el niño se encontraba en mejor posición para recibirla, recordó que el Diablo prefiere a los niños, por lo que le puso a él la droga en la boca, y fue conducido después por la chimenea hasta el tejado por un pequeño demonio que lo acompañaba siempre, y de allí al suelo. Confesó asimismo que le había transportado por encima de la puerta Daufin, desde donde fue al Sabbat de la encrucijada del palacio Galienne. Este caso merece que sea más divulgado, porque es moderno –ocurrió en 1609– y muy verídico, y porque este hombre perseveró en su confesión en todos los aspectos principales de la brujería, incluso en el artículo de su muerte. Y para que no queden dudas sobre si los parlamentos los condenan o no, ese año 1609 el Tribunal del Parlamento de Burdeos condenó a muerte a una infinidad de gente. Veamos a continuación otro ejemplo muy apropiado.

Catherine de Landalde, de la parroquia de Ustaritz y de 30 años de edad, declaró que nunca acudió al Sabbat sino por su propio pie, que acudió a dicho lugar sin dormir ni estar predispuesta a algún sueño que la pudiera hacer caer en ilusión alguna ni hacer dudar sobre la realidad del Sabbat. De manera que mientras permanecía cerca del fuego por la noche, le entraba un ansia tal por acudir a aquel lugar, que no podía sentir un deseo más fuerte y violento que éste.

Marie de Mariagrane, de 15 años de edad, dijo que había estado a menudo en el Sabbat de Biarritz, al que acudían montandos sobre un diablo con forma de asno, su abuela, su tía, otra muchacha y ella, las cuatro al mismo tiempo. Pero veamos ahora una declaración muy fidedigna de este mismo país de Laburdi.

El 5 de julio de 1576 tuvo lugar en la parroquia de Ustaritz, en presencia del lugarteniente de Laburdi, Boniface de Lasse, y a instancias del señor Jean de Hiri-goién, abogado del rey, el proceso contra Marie de Cho-

ropique, hija de la casa Janetabarta, y contra unas cuarenta brujas más.

Jehannes de Hard, de 56 años, dijo que saliendo de la iglesia con la citada Chorropique, ésta le tocó el brazo, tras lo cual quedó inmediatamente inmóvil, como muerto. Pero veamos la confesión de ésta última palabra por palabra: la mencionada Chorropique confiesa que Augerot de Armore le dijo que iría a buscarla a su casa por la noche, que silbaría para que saliese, que no perdería nada por acudir al lugar al que la iba a conducir. Eso fue lo que ella hizo, y fue conducida totalmente despierta a un prado que pertenecía a la casa de Etchenique. Nada más llegar a este prado le confesó que la había llevado hasta allí para hacerla bruja, para lo que era necesario que renegara de Dios y aceptara al Diablo como Padre y Señor, lo que ella hizo, prometiendo que en lo sucesivo viviría dejándose guiar por la voluntad del Diablo. Una vez realizada la mencionada abjuración se mostró incontinente, por lo que el citado Armore la conoció carnalmente. Cuando penetraron en el mencionado prado encontraron a un hombre enorme que tenía la cara cubierta, alrededor del cual había una infinidad de gente, que ella nombra. Al ver tanta gente pronunció asombrada el nombre de Jesús, desapareciendo todo de inmediato, incluido el citado Armore, y se quedó completamente sola. Aproximadamente tres horas antes del alba el mencionado Armore la vino a buscar, la cogió de la mano y la elevó por el aire, donde la increpó por haber proferido el nombre de Jesús, advirtiéndole que si lo volvía a hacer le daría una buena tunda. Y la segunda vez fue a buscarla del mismo modo y se fueron al Sabbat que se celebraba cerca del molino nuevo de la casa noble de Haitze, donde encontraron a un gran señor vestido de negro. Mientras se encontraban allí, cierto Menioin llevó un bote de barro, en cuyo interior se hallaban gruesas arañas atiborradas de una droga blanca llamada *reagal* y dos sapos que esta acusada desolló mientras el citado Augerot trituraba el *reagal* y las arañas en un mortero; una vez finalizada esta tarea utilizó los

dos sapos ya desollados, después de haberlos previamente golpeado con una vara para que quedaran envenenados, igual que se hace con el gato de algalia, aunque por el contrario en este último caso la finalidad es hacer el bien. Una vez que hubo terminado el mejunje y que lo metió en el recipiente, todos ellos rociaron una parte del veneno en un pastizal para que se muriera el ganado. De allí fueron al pueblo de Iraurits, a casa de cierto Sorsail, abrieron la puerta de la casa con un dedo, pues sólo estaba cerrada con una clavija, y cogieron a un niño de su cuna; al no poder llevárselo por temor a ser descubiertos lo estrangularon, tras lo cual lo depositaron en la cama, entre el padre y la madre, a fin de que aquél creyese que su mujer lo había sofocado. Por si fuera poco mataron además a otro hijo de Menioin de Hirigoien envenenándolo, lo que provocó que falleciera al cabo de tres días. Mientras se desarrollaban todos estos hechos, la acusada esperaba a los que entraban a cometer esos asesinatos en las entradas de las casas. Dijo además que en otro Sabbat la mencionada De Hirigoien, señora de Sorhans, reportó al Diablo que había envenenado a la difunta Marie de Armore, lo que todo el mundo agradeció. Prosiguió que otra vez dos brujas, a las que nombra, le enseñaron el corazón de un niño que una mujer había abortado, y le dijeron que había que guardarlo para hacer con él un sacrificio al Diablo como muestra de la obediencia que le debían.

Declaró que un día que entraron en casa de cierto Menion Landalde y lo encontraron algo enfermo en la cama, el zapatero Augerot, simulando que miraba sus zapatos, metió venenos dentro de ellos, por lo que se le inflamó el pie, luego la pierna, el cuerpo, y finalmente falleció.

El 2 de octubre de 1576 el citado De Lasse anunció que la condenaba a morir colgada y quemada. Y considerando que ni la propia Chorropique apeló, ni ninguna otra persona lo hizo por ella, en la parte final de su sentencia reveló que había ordenado que la condujeran al suplicio, durante el cual mantuvo toda su confesión pre-

cedente. Hasta el punto que se dice que mandó a la muerte a más de cuarenta personas, sin tomar en consideración la ordenanza y práctica de los parlamentos, que quieren que aun cuando los condenados por los jueces ordinarios y otros jueces de apelación, por ignorancia o por simpleza no apelen, los jueces deben hacer intervenir al sustituto del fiscal general y encargarle que interponga apelación a la condena de muerte. Este juez no hizo nada de eso, sino que hizo caso omiso de esa normativa en vista del tema de que se trataba; y Dios permitió que nunca le pidieran cuentas por su actuación. Ahora bien, he querido insertar aquí su deposición completa, para que podamos descubrir otra infinidad de hechos importantes de brujería.

En cuanto a Boguey, no podemos decir que no sea tan competente y entendido, en lo que respecta al descubrimiento de esta abominación, como ningún otro que le haya precedido, ni se le puede achacar que posea poco conocimiento del tema, sino simplemente que tuvo más valor para condenarlos que el que hubiera tenido un juez tímido. Si ha sobrepasado los límites y la benignidad de los colegios supremos de los Parlamentos, condenando a las brujas sobre la base de la declaración de dos testigos, incluso algunas veces por la simple confesión del brujo y de un testigo —en lo que me concierne, afirma, sería siempre de la opinión de condenarlos a muerte en cuanto hubiera la menor evidencia—, es debido a que no se encontraba sujeto a nuestras formas. Y siempre podrá decir que tiene más celo y coraje que nuestros colegios supremos, que no sabría ser demasiado osado. Y como él mismo dice, es un crimen que se comete de noche y siempre a escondidas, por lo que es asimismo necesario que sea tratado de modo extraordinario, sin observar el orden jurídico ni los procedimientos ordinarios; además de que casualmente se enfrenta a brujas más endiabladas, maléficas y dañinas que las nuestras.

Sobre los que cuando se refieren a Del Río afirman que sus opiniones y juicios se acercan más a la Inquisi-

ción española que a los Parlamentos de Francia, respondería por él lo mismo que dice el señor de Bellay, obispo muy docto y competente personaje, pues son suyos los mejores y más verídicos discursos que se puedan hacer y las más aceptadas y sanas opiniones que un hombre sabio y buen cristiano pueda sostener sobre todo lo que se haga únicamente en tinieblas y por el Padre de las Tinieblas, enemigo de la luz y del día, y Señor de la noche. Y cuando el señor Bellay quiere tratar sobre la magia y los brujos remite al lector al buen padre Del Río, pues con él hasta el hombre más curioso del mundo y el más incrédulo tienen con que contentar su curiosidad y dureza de fe. Tanto es así, que debo confesar sinceramente que no podría añadir nada a los razonamientos que nos ha dejado escritos, que no sea la confirmación de los mismos por las experiencias que hemos realizado, lo cual ha motivado que abrace esta forma de escritura. Así que me he servido del ejemplo de este docto prelado, sin querer volver a repetir los mismos argumentos, a copiar los mismos discursos, pues no hubiera hecho más que transcribir los mismos alegatos, y en definitiva traducir su libro a la lengua vulgar.

Tenemos además la opinión de la Iglesia y de los Parlamentos e inquisidores de Italia, Francia, Alemania, España y Navarra. Y a cualquiera que necesitase otra certeza, le repetiría con agrado lo que muy religiosamente dice este buen padre: que si alguien quisiera aclarar las acciones del Diablo y los misterios del sortilegio, sería lo mismo que si quisiera iluminar absolutamente todo el mundo con una de esas pequeñas luciérnagas que alumbran la noche, algo que apenas puede hacer el sol; además de que ese crimen se comete en las más espesas tinieblas de una noche muy oscura.